

INGRESO
TEORIA POLITICA Y
CONSTITUCIÓN

34 PAG.

66789

MFN 9678



Los usos de
Gramsci
Juan Carlos Portantiero

Cap. I

ÍNDICE

I. Estado y crisis en el debate de entreguerras	11
II. Los usos de Gramsci	77
III. Gramsci y la crisis cultural del Novecientos	171
IV. Gramsci y el análisis de coyuntura (Algunas notas) .	195

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

© Juan Carlos Portantiero

© 1999, Grijalbo S.A. (Grupo editorial Grijalbo Mondadori)

Av. Belgrano 1256/64 - (1093) Buenos Aires - Argentina

e-mail: info@grijalbo.com.ar

Diseño gráfico de la colección: Óscar Astromujoff

ISBN: 950-28-0249-7

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en el mes de julio de 1999 en

A.B.R.N. Producciones Gráficas S.R.L.

Wenceslao Villafañe 468, (1160) Buenos Aires - Argentina



ESTADO Y CRISIS EN EL DEBATE DE ENTREGUERRAS

1. LA PROPUESTA GRAMSCIANA

¿Cuál es el núcleo básico de ruptura que Gramsci aporta al marxismo occidental? Focalizada su contribución en el plano del análisis de los procesos políticos, de las relaciones que se establecen bajo el capitalismo entre estado y sociedad, el marxismo de Gramsci, la lectura particular que él hace de sus orientaciones básicas (dentro de un cuadro ideológico datado como es el de su adscripción a la III Internacional), y el cotejo que establece entre ellas y la cultura política de su tiempo, podría cifrarse en lo siguiente: allí donde el marxismo buscó construir una teoría de las determinaciones generales del estado y la política, él trató de colocar otro espacio analítico más acotado: el que puede alojar a *una sociología de las transformaciones del estado capitalista y de la política burguesa*.

En este cuadro, definidos históricamente los modos cambiantes de la dominación, dos serán sus ejes problemáticos. Uno, las características de la crisis, pensada como contradicción económica que es, a la vez, por medio de un solo movimiento orgánico, contradicción política: conflicto y compromiso de clases, equilibrio y desequilibrio de fuerzas en correlación histórica.

Otro eje de indagación (privilegiado porque Gramsci es un dirigente político con un proyecto de transformación revolucionaria) es el cambio en la situación de las masas, las consecuen-

cias de su activación, de su movilización, de su participación crecientes, como problema planteado a los organizadores de las clases fundamentales.

Ambos motivos —crisis y masas— formarán en Gramsci un único tema contrapuntístico, un haz reflexivo que le otorgará sentido a la totalidad de su pensamiento y su actividad. Para Gramsci es la presencia de las masas como sujetos de acción lo que definirá los precisos rasgos de la crisis, de los proyectos revolucionarios y de los intentos de recomposición capitalista, en un movimiento conceptual que permite superar críticamente el juego de pinzas del “objetivismo” y del “voluntarismo”, clásicamente presentes en la tradición socialista. De ahí su rechazo a hipostasiar las metáforas de “base” y “superestructuras”, a las que veía como soportes del reduccionismo. Su lenguaje, para el análisis de situaciones históricas y políticas, es el de las “relaciones de fuerzas”, condensaciones de economía, cultura política y organización a través de las cuales “las clases” devienen sujetos de acción histórica. Este criterio le permite abrirse a la consideración de *fases* y *formas* en el desarrollo de las relaciones entre estado y clase dominante, más allá de una conceptualización abstracta que define relaciones sociales genéricas y descuida el análisis concreto que especifica la vinculación entre gobernantes y gobernados.

La historia del capitalismo es una historia de transformaciones que califican no sólo las modificaciones internas del grupo dominante en su relación con la economía (pasaje del predominio de una a otra forma del capital en el proceso de reproducción), sino también la articulación de este proceso de “etapas” del capitalismo con la asimismo cambiante presencia de las clases subalternas. Analíticamente, cada *fase* del capitalismo supone una relación entre estado y economía, pero también entre estado y masas; modificaciones en el patrón de acumulación, pero también en el patrón de hegemonía.

La indagación gramsciana no puede ser aislada de un debate de época. Aun en los momentos más ásperos de su crítica fue un hombre de la III Internacional y su debate tiene siempre ese punto de referencia privilegiado. Pero sus interlocutores son

también otros: la socialdemocracia europea y ciertos puntos altos del pensamiento burgués de su tiempo: Mosca, Michels, Weber, Croce, Sorel. Vive en pleno centro de la crisis del pensamiento europeo y sin este aliento su obra difícilmente puede ser entendida.

2. WEBER: LA FORMA MODERNA DE LA DOMINACIÓN

En el verano de 1917 Max Weber escribe una serie de artículos en el *Frankfurter Zeitung* en los que trata de analizar las características de la situación alemana, a la vez que trazar las bases para una reconstrucción de su sistema político tras la crisis abierta por la guerra y el proceso hacia la disolución del imperialismo guillermino. Esa reflexión política que “no pide la autoridad protectora de ninguna ciencia” constituye el resumen más claro —dado el polémico espíritu propagandístico, cargado de valores, que lo atraviesa— de la visión que Weber tiene no sólo de la coyuntura de su país sino de la total relación que entre economía y política, entre capitalismo y estado, habrá de plantearse para toda Europa en la posguerra.¹

¿Cuál es el objetivo central que Weber se traza en esas notas? Dibujar el esquema más racional posible para relacionar democracia, capitalismo y sistema político en una Alemania reconstruida como “estado de masas” en el que seguramente la izquierda (socialdemocracia y sindicatos) ha de jugar un papel central. Como el propio Weber lo señala al introducir explícitamente una abierta dimensión valorativa en sus análisis, se trata de la visión que propone un intelectual liberal-nacionalista que acepta ya para Alemania el sufragio universal y la centralidad del Parlamento como los medios más idóneos para una recomposición del estado, pero que simultáneamente no duda de que “los intereses vitales de la nación se colocan por encima de la democracia y el parlamentarismo”. Y esta tensión recorre todas las páginas, escritas al compás de una crisis revolucionaria en permanente ascenso, en Alemania y en Europa, que lo obligará a algunas ambigüedades y zonas oscuras sobre los roles respectivos que la

institución cesarista y la parlamentaria han de tener finalmente en su modelo político.

Weber comienza por recuperar la preocupación de sus textos primeros² sobre la decadencia política alemana a partir del legado que dejó el cesarismo de Bismarck: "una nación sin ninguna sofisticación política", muy por debajo del nivel que tenía en 1870, acostumbrada a la idea de que las decisiones políticas las deben tomar "los grandes hombres de estado" y que el parlamento sólo debía cumplir un papel secundario.³

El objetivo explícito de las notas de 1917 era el de proponer, en las nuevas condiciones de la dominación política, que colocaban en el centro de las decisiones a las "rutinas de la administración" y por lo tanto al personal burocrático, un papel de mayor relevancia para el parlamento. Como se verá, era la problemática de la "democracia posible" en una situación de emergencia de masas y de concentración capitalista, el tema del nacimiento de una sociedad posliberal y de sus instituciones viables, la dominante de su pensamiento en un período de su vida en el que sintió fuertemente la tentación de la política activa.

Su punto de partida (y los borradores de *Economía y sociedad* que estaban entonces en pleno proceso de producción cargaban a esas notas puntuales del *Frankfurter Zeitung* de un invisible sostén analítico e histórico) era lo ineluctable para la humanidad de un futuro de burocratización creciente. La organización burocrática, dice, con su especialización y sus relaciones jerárquicas de autoridad, constituye una "máquina inanimada", "inteligencia objetivada", reino invulnerable de la Racionalidad formal. En ese cuadro la pregunta es ¿cómo serán posibles, aunque fuera en sentido limitado, las libertades individuales y las garantías para el control del poder? ¿Cómo será posible moderar con una Racionalidad de fines ese avasallante empuje de la "máquina inanimada" que sólo atiende a los medios?⁴

Sólo el talento político aplicado a *dirigir* a la burocracia puede ser eficaz para levantar esos límites, y el espacio fundamental en el que esa dirección debe ser constituida es el que engloba al parlamento y al sistema de partidos.

Este privilegiamiento está lejos de reflejar, sin embargo, una recurrencia en los temas perimidos del liberalismo constitucionalista o de la democracia roussoniana. Weber forma parte de otra tradición, la del realismo político, y está mucho más cerca de Maquiavelo o de Hobbes que de Kant o de Locke. El problema central de la política es el de la eficiencia del poder y no el del ejercicio de la representación. Menos aún si esta representación es pensada como una relación entre individuos ("ciudadanos") y el estado, en el marco de una idea racionalista de los derechos naturales. La realidad contemporánea es una realidad de grupos y de instituciones y no podría ser abordada a partir del contractualismo individualista. En ese reconocimiento de la centralidad de grupos e instituciones, como unidad analítica, se basa su concepción de que sólo a través de un *enfoque sociológico* es posible penetrar en la esencia de la política.

Para Weber (y esto, como se verá, lo distingue netamente de la ideología levantada en su tiempo por la II Internacional sobre esos mismos temas) la resolución de la crisis política mediante una expansión del demoliberalismo clásico es inviable. "En los estados de masas —dice— el elemento cesarista es inevitable"; la acción política está siempre determinada por el "principio del pequeño número", esto es, el de la mayor capacidad de maniobra de los pequeños grupos dirigentes.⁵ Si de todos modos alguna forma de democracia (o sea de control sobre las decisiones de la cúpula burocrática que permita mantener la vigencia de las libertades) debe ser postulada, ella tendrá que derivar de una reformulación de los temas ya caducos de la democracia representativa e insertarse en un proceso global de reorganización de las relaciones entre sociedad y estado en los niveles exigidos por las nuevas formas del desarrollo capitalista. Lo que Weber va a proponer es un esquema institucional; la reconstrucción en sentido estricto de un *sistema político*, sostenido sobre un pacto estatal en el que puedan equilibrarse la burocracia (civil y militar), los partidos políticos, los grupos de intereses y la institución presidencial, en un contradictorio juego plebiscitario, representativo e impersonal. Este esquema era, a su juicio, el único que podía construir funcionalmente las relaciones entre capita-

lismo y estado cuando se había entrado en una etapa de concentración imperialista y de activación de masas.

En la propuesta, el papel del parlamento era el de recomponer en el nivel político los intereses corporativos de los grupos de interés y elevar desde allí una trama societal capaz de controlar, por un lado, a la burocracia y, por el otro, al inevitable elemento cesarista presente en los "estados de masas". El parlamento debía ser el terreno en que se procediera a la selección de los liderazgos: en la medida en que la política es lucha, sólo aquellos que han sido seleccionados en el curso de la lucha política pueden alcanzar la competencia suficiente para una dirección nacional. Pero ese parlamento debía ser reformado hasta transformarse en un cuerpo de trabajo y no en una máquina de pronunciar discursos. Por añadidura, el parlamento así reformado podría cumplir con otra misión: la de controlar a la burocracia, quitándole a ésta el doble privilegio que marca su capacidad de dominio: el monopolio del conocimiento técnico y el monopolio de la información.

Ésta es, sucintamente, la propuesta weberiana: fortalecimiento del parlamento, elección popular directa del presidente. Como señalaba él mismo, "para un estado de masas hay sólo un limitado número de alternativas" y "para un político racional la forma de gobierno más apropiada para cada momento depende de las tareas políticas de la nación".⁶

Proponerse, como lo hacía Weber, reformar las instituciones para permitir una relación más ajustada entre estado y capital en condiciones "de masas" suponía riesgos. "No sabemos todavía —dice— hasta qué punto una reconstrucción parlamentaria efectiva tendrá lugar en Alemania: puede ser desbaratada por la derecha o confiscada por la izquierda."⁷ El peligro mayor de ese proceso era el de la demagogia, el lado incontrolado del reconocimiento que debía hacerse de la activación de las masas y de su voluntad de participación. Democratización y demagogia marchan juntos en el estado moderno, "*desde que las masas no pueden ser tratadas como objetos pasivos de administración, esto es, desde que sus actividades tienen alguna importancia activa*".⁸ Y agrega: "La democratización activa de masas significa que ya no más el líder

es proclamado candidato porque se ha puesto a prueba en un círculo de *honorarios* (...) sino porque ha ganado la confianza y la fe de las masas en los medios de la demagogia de masas".⁹ Ése es el camino al que tiende toda democratización: el de la técnica cesarista de elección plebiscitaria, debido a lo cual la gestación de la política no puede pensarse ya desde los pequeños círculos.

El sistema reconstituido debe pensar en sus garantías. Una es, por supuesto, la fuerza: "todo gobierno, incluso el más democrático o el más socialista, deberá utilizar la ley marcial si no quiere sufrir los riesgos de lo que está sucediendo en Rusia",¹⁰ pero el camino debe ser otro. No cabe duda acerca del peligro que significa, en la democracia de masas, que en política predominen los elementos irracionales. Como las masas piensan en términos inmediatos, están siempre expuestas a influencias emocionales. Ese riesgo aparece con redoblada fuerza cuando esas masas están desorganizadas y tienden, por lo tanto, a practicar "la democracia en las calles". Sin "partidos organizados racionalmente" o con parlamentos débiles y políticos desacreditados, la probabilidad de que la activación sea incontrolable es aún más cercana. Weber pronostica que la posguerra implicará un *test* severo para la disciplina de las masas. En Alemania, por ejemplo, no es impensable que florezca un "sindicalismo inmaduro" con tendencias "putschistas", embebido de un radicalismo emocional que exalte "la furia ciega de las masas". La mejor garantía para evitar el humor político caprichoso de los "espartaquistas" es la integración de los sindicatos y de la socialdemocracia en el sistema político. Ése es el punto en el que el reconocimiento de la nueva conflictualidad por parte de Weber avanza más en términos de reorganización política. "Las organizaciones, como los sindicatos, pero también el partido socialdemócrata, constituyen un contrapeso muy importante frente al dominio de la multitud típico de los pueblos plebiscitarios."¹¹

El futuro dependerá en buena medida de la actitud que asuman sindicatos y partidos obreros: o la búsqueda de participación en la responsabilidad del gobierno o el "ghetto" político de la "hermandad proletaria". Obviamente la expectativa weberiana va hacia la coalición y la co-responsabilidad, que su-

pere "la esterilidad negativa frente al estado" a que habían sido llevados los sindicatos y la socialdemocracia por la cerrazón del sistema posbismarckiano y por sus propios temores a "participar de un gobierno inevitablemente limitado por las condiciones de una sociedad y de una economía que permanecerán capitalistas en el futuro previsible".¹²

Este análisis puntual de la coyuntura crítica alemana, realizado por Weber en momentos en que aspira a jugar un papel importante como consejero áulico o quizá como protagonista de la reconstrucción política de su país (según su viuda, no desalentó a quienes propusieron por entonces su nombre como canciller pese al disgusto de los políticos profesionales), no puede ser desvinculado de una concepción más estratégica y a largo plazo trazada en esa misma época por Weber sobre los cambios en curso en las formas de la dominación capitalista. Más allá de Alemania y aun de Europa, para todo el mundo capitalista, lo que Weber planteaba era la conciencia sobre la necesidad de un replanteo de las formas de la hegemonía burguesa, a partir de la crisis irreparable de la relación entre estado y sociedad civil tal como la había planteado el liberalismo. Serán los procesos de reestructuración capitalista de las décadas de los 20 y de los 30 los que darán razón a los análisis weberianos, pese a que la historia habría de corregir su ilusión parlamentarista.

Por la misma época en que redactaba los artículos para el *Frankfurter Zeitung*, Weber pronuncia dos conferencias en las que estas preocupaciones son retomadas en un marco más amplio.¹³ Pero será sólo en la edición póstuma de sus trabajos inéditos colocados por el compilador bajo el título de *Economía y sociedad* donde aparecerá con claridad, a la manera de un fresco conceptual, el lugar que esas reflexiones políticas tienen dentro de un riguroso sistema categorial retroalimentado, a su vez, por ese impulso político por superar la crisis del capitalismo competitivo y de las formas clásicas del liberalismo.

Precisamente en la sección IX del segundo tomo de *Economía y sociedad* y bajo el título de "La institución estatal racional y los partidos políticos y parlamentos modernos (Sociología del estado)", el compilador sistematiza y resume, recurriendo a dis-

tintos textos (*Historia económica general, La política como vocación, Parlamento y gobierno en una Alemania reconstruida*) los lazos que conectan las reflexiones más "epocales" de Weber con aquellas más coyunturales.

Un enfoque sociológico del estado moderno obliga a abandonar los cuadros del formalismo jurista que relaciona linealmente al individuo con el soberano para colocarse, en cambio, en el interior del análisis de las organizaciones que aseguran la reproducción de la dominación.

No es el contenido de sus acciones lo que define sociológicamente al estado y a la política sino su vinculación con un medio específico y peculiar: la coerción física. Sin la posesión de este recurso el concepto de estado desaparecería. La característica del estado moderno es que se ha constituido en la única fuente del derecho a la violencia, expropiando del uso legítimo de la coerción física a todas las asociaciones o individuos y estableciendo a su favor el monopolio de la coacción.

La historia del capitalismo como tipo de dominación basado en la asociación necesaria entre el desarrollo de una forma económica con una forma de estado es la historia de un proceso de expropiación, de *separación*, que disocia a los productores directos de todos los medios de producción. El núcleo histórico y analítico de la conceptualización weberiana sobre la dominación en el capitalismo es la conocida asimilación entre estado y empresa que aparecerá en *La política como vocación* y en *Parlamento y gobierno...* y que en el capítulo citado de *Economía y sociedad* vertebrará la totalidad de su discurso sociológico sobre el estado.

Según Weber los ordenamientos estatales se pueden clasificar en dos tipos extremos, de acuerdo con cuál sea en ellos la distribución de los medios materiales de administración. En unos los funcionarios poseen en propiedad esos medios; en los otros —de los cuales el ejemplo más claro pero no el único es el estado moderno— "el cuerpo administrativo [está] separado de los medios de administración, en el sentido de que actualmente el empleado y el proletario están separados en la empresa capitalista de los medios materiales de producción".¹⁴

El tema aparece recurrentemente en Weber: el desarrollo del estado moderno coincide con el proceso por el cual el Príncipe empieza a expropiar a los portadores de poder administrativo que tiene a su lado. "El proceso conjunto forma un paralelo completo con el desarrollo de la empresa capitalista, con su expropiación paulatina de los productores independientes."¹⁵ El resultado de ese proceso es el estado actual, en el que la expropiación ya ha llegado a su ápice, concentrando en una sola cúpula "la disposición de la totalidad de los medios políticos de explotación". La separación se ha llevado a cabo por completo y ello ha dado lugar al nacimiento de una época en la que a su vez "se intenta expropiar a este expropiador de los medios políticos y por lo tanto también del poder político".¹⁶

El rasgo sociológico específico del estado moderno como organización es que es una "empresa" con el mismo título que una fábrica. "La separación del trabajador de los medios de producción en la economía, de los medios bélicos en el ejército, de los medios materiales administrativos en la administración (y de los medios monetarios en todos ellos), de los medios de investigación en el instituto universitario y en el laboratorio, es común como tal fundamento decisivo tanto a la empresa política militar-estatal moderna como a la economía capitalista privada."¹⁷ La forma que asume esa "concentración de los medios materiales de explotación" es la burocracia: "la socialización creciente significa hoy, inexorablemente, burocratización creciente."¹⁸

Es la percepción de la crisis del capitalismo competitivo lo que está detrás del planteo weberiano; el fin del "mundo del mercado autorregulado" y del liberalismo como su principio organizador, en el sentido definido por Polanyi.¹⁹

Este proceso habrá de manifestarse como transformación del estado capitalista a través de un doble movimiento contradictorio que quebraba la relación clásica entre estado y sociedad civil al "politizar" a ésta y, simultáneamente, autonomizar la esfera político-decisional: a mayor socialización mayor burocratización.²⁰

De este fenómeno quiere dar cuenta Weber y su pensamiento es incomprensible fuera de este cuadro en el que la crisis del

capitalismo liberal se combina con la emergencia activa y organizada de las masas.

La "socialización" creciente significa para Weber el definitivo pasaje del tipo de acción comunitaria al tipo de acción societaria; el predominio del proyecto por sobre la "mano invisible" en todos los órdenes de la vida humana: la burocratización no es otra cosa que el instrumento de la socialización de las relaciones de dominación; la victoria del cálculo y la planeación centralizada; de la *organización* sobre el individuo.

"En los sectores políticos —dice— el suelo clásico sobre el cual se ha edificado la burocratización ha sido el gran estado y el partido de masas."²¹ Pero no sólo es la expansión de la política lo que incita a la burocratización sino también "las crecientes exigencias administrativas motivadas por la complicación cada vez mayor de la cultura".²² Aparece así "una creciente imprescindibilidad (...) de la intervención burocrática en las más diferentes necesidades vitales, necesidades que antes fueron desconocidas o que eran satisfechas de un modo local o mediante la economía privada".²³ Todo este proceso es el que configura la existencia de una "democracia de masas" y tal es la situación típica del capitalismo moderno. Pero esa democracia está muy lejos de la imagen ideal según la cual el jefe puede considerarse como un servidor de los dominados. La realidad empírica de la actual democracia, ligada con la socialización y la burocratización crecientes del mundo moderno, diverge sustancialmente de la forma pura: "Cuando se trata de un gobierno de masas el concepto de 'democracia' altera de tal forma su sentido sociológico que sería absurdo buscar la misma realidad bajo aquel mismo nombre común".²⁴ "El *demos* en el sentido de una masa inarticulada no 'gobierna' nunca por sí mismo en las sociedades numerosas sino que es gobernado, cambiando sólo la forma de selección de los jefes de gobierno y la proporción de la influencia que puede ejercer, o mejor dicho puedan ejercer, otros círculos procedentes de su seno por medio del complemento de una llamada 'opinión pública' sobre el contenido y la actividad del gobierno. En el sentido acá apuntado, la 'democratización' no debe significar necesariamente el aumento de la

participación activa de los dominados dentro de la organización considerada."²⁵

La emergencia de esas masas que ya no pueden ser tratadas como "objeto pasivo de administración", pero que a la vez deben ser disuadidas de toda acción social brotada de sentimientos irracionales, es la trama conectiva de los juicios de valor de Weber, temeroso, frente a la crisis europea, de la posibilidad de un socialismo que, si asume las formas de "socialismo de estado", no hará sino extender el proceso de burocratización a todos los niveles de la sociedad y, si toma formas "consiliares", llevará a una regresión del desarrollo técnico de la humanidad.²⁶

Pero ese cambio en la situación de las masas; la subordinación de los mecanismos "automáticos" de mercado; la interrelación entre poder y conocimiento especializado; la asociación contradictoria entre expansión de "lo social" y concentración de "lo político"; el rol fundamental, en fin, de las superestructuras en la reproducción del sistema cuando la producción se ha "politicado" y es otra la forma de unidad entre sociedad y estado, llevan a Weber a plantear la necesidad de una reestructuración de la hegemonía, en la segura convicción de que el viejo liberalismo ya ha muerto.

3. RECONSTRUCCIÓN HEGEMÓNICA EN EL "ESTADO DE MASAS"

Consideradas puntualmente, las predicciones de Weber fallaron. La República de Weimar, que debió haber sido un banco de prueba para sus pronósticos, terminó en un colapso, y la articulación institucional para una democracia, posible en las nuevas condiciones de socialización y burocratización, se transformó, tras sólo una década, en el desnudo cesarismo nazi.²⁷ En la Alemania de principios de los 30—frente al estallido de la crisis económica y a la incapacidad de socialdemócratas y comunistas para dar una respuesta a la altura de los cambios reales que se operaban en la relación entre estado y economía— triunfó finalmente uno de los sesgos posibles del pensamiento weberiano: aquel que enfatizaba la necesidad de la *decisión* centralizada en la

política y que, para ello, reivindicaba la figura cesarista y plebiscitaria. El nuevo constitucionalismo, cuyo portavoz más señalado fue un seguidor crítico de Weber, Carl Schmitt, ocupó totalmente el panorama teórico germano con un discurso antisocialista y antiparlamentario centrado en la unidad tripartita entre estado, pueblo y movimiento bajo el principio de la jefatura.²⁸

De todos modos, el "estado totalitario" de los 30 no implicó una modificación sustancial de las líneas de desarrollo político que habían comenzado a manifestarse en la posguerra.²⁹ Esas líneas perdurarían durante años y el replanteo hegemónico que proponían para el orden burgués habrá de caracterizar una larga fase del estado capitalista, que recién ahora parece haber entrado en crisis. Ellas han estado ligadas con "la gran transformación" señalada por Polanyi en su libro clásico y eran inseparables no sólo de modificaciones "económicas" (imposibles por otra parte de ser aisladas orgánicamente de una totalidad social) sino también de esa especificidad sociológica de la emergencia de masas que, desde la perspectiva de la reproducción del orden capitalista, Weber subrayó como dimensión central de nuestra época. Como lo ha señalado Sheldon Wolin, "el concepto de masas desvela a la teoría política y social moderna".³⁰ Su contrapunto necesario, tanto en la teoría como en la organización, estuvo constituido por un recrudescimiento del enfoque elitista de la acción política, expresado sea por la derecha como por la izquierda. Ni el marxismo soviético ni la planificación democrática de Mannheim, ejecutada por los "intelectuales desinteresados", ni obviamente toda la reacción derechista podría ser explicada fuera de esta centralidad problemática de la articulación entre masas y elites colocada por Weber como uno de los ejes de su reflexión. Emblemáticamente Mannheim resumía la cuestión diciendo: "Los grandes cambios de los que hoy somos testigos pueden ser finalmente imputados al hecho de que estamos viviendo una sociedad de masas".³¹

La extensión de los problemas planteados a la teoría social por esta percepción es tan grande que no podría ser abordada aquí. Sólo un aspecto me interesará desarrollar por sobre otros

dentro de la economía de este discurso: el de la influencia de esta situación sobre la praxis estatal y política, sobre las transformaciones en el estado y en las estrategias alternativas.

El historiador norteamericano Charles Maier ha trazado las líneas de la reconstitución política de la "Europa burguesa" en la década posterior a la Primera Guerra Mundial, como la respuesta elaborada por el orden capitalista a la crisis revolucionaria surgida a partir de la Revolución Rusa y de sus precoces y fallidos intentos de trascender las fronteras del antiguo imperio zarista.³² Esa respuesta implicó una profunda operación de reestructuración de la hegemonía: la estabilización no podía resolverse como simple reacción sino que debía involucrar reestructuración y renovación. A un cambio en el patrón de acumulación—que venía de antes, de la "salida" de la gran crisis del último cuarto del siglo XIX—habría de articularse en la década de los 20 un nuevo modelo de hegemonía, cuyas líneas esenciales encontrarían el apoyo más alto en las reflexiones de Weber, que fue quien mejor "discernió las emergentes estructuras del poder".³³

La década de los 20 alumbrará la instauración de un nuevo sistema político, de nuevos mecanismos para la transacción entre los intereses sociales. Las viejas instituciones del demoliberalismo eran ya incapaces de mediar esos conflictos, dado el avanzado nivel de organización de las masas y de su movilización. Si el parlamento había sido el centro en el que la burguesía elaboraba su unidad política como clase, esa función de equilibrio ya no podría ser más cumplida: la presencia activa de clases subalternas en los grandes partidos de masas obligaba a la burguesía a buscar otras formas de articulación institucional. Los planteos weberianos sobre la función parlamentaria serían desmentidos por la realidad: la cohesión de clase del proletariado y el resto de las masas subalternas determinaría la necesidad de otras formas de cohesión para las clases dominantes (sometidas a su vez a un proceso intenso de fragmentación) y para la articulación de éstas con las demandas inestables y peligrosas de las clases medias.

Maier llama al nuevo modelo institucional, al sistema político emergente en esa década de estabilización burguesa,

"corporativo".³⁴ Franz Neumann, por su parte, al analizar las características de la estructura política pluralista de la Alemania de Weimar, detallará la serie de "pactos" organizacionales constitutivos que estuvieron detrás de su funcionamiento, construyendo un sistema político en el cual "la adopción de las decisiones (...) debía lograrse no sólo mediante la suma de voluntades de los votantes individuales sino a través de organizaciones sociales autónomas".³⁵

En la medida en que la estabilización política de posguerra no implicaba una mera restauración, debieron crearse nuevos mecanismos institucionales de distribución del poder que significaban un desplazamiento a favor de las fuerzas *organizadas* de la economía y de la sociedad, en desmedro de un parlamento debilitado. Aunque, en la medida en que se mantuvieran algunos supuestos del liberalismo, las decisiones debían ser periódicamente ratificadas por el electorado, "el nuevo corporativismo buscaba menos el consenso a través de la aprobación ocasional de las masas, que por medio de una negociación continuada (*continued bargaining*) entre intereses organizados".³⁶

El *locus* de la política y las modalidades de ejercer presión, consecuentemente, se modificaron también: la estabilidad del sistema requería una negociación mucho más burocrática y centralizada. Un dato decisivo para acelerar la estructuración de ese neocorporativismo pluralista que operaba como un sistema de regateo entre organizaciones era que también los sindicatos de trabajadores se integraban a ese mecanismo, lo que les otorgaba un poder de presión mucho más grande que el que poseían, por ejemplo, las fragmentadas clases medias. Este hecho sería sociológicamente decisivo para explicar el viraje de masas subordinadas hacia el autoritarismo, en la década de los 30.

El nuevo sistema funcionaba como una tensión entre fragmentación corporativa y centralización tecnocrática. El resultado no era la extinción de la política sino su desplazamiento a otros espacios, su sublimación en otros planos que antes eran considerados como privados. Como señala Wolin, lo significativo es desde entonces "la difusión de lo político", la absorción de esa función en instituciones y actividades no políticas.³⁷

Estado y sociedad ya no aparecían como sistemas autónomos, unidos por lazos externos, como lo entendía la perspectiva liberal. Los límites entre lo público y lo privado, los roles políticos y los económicos y sociales, no constituían ya “fronteras” sino más bien “zonas de intersección” entre el estado y las organizaciones sociales, en el interior de un sistema en el que participan no sólo “sujetos jurídico-constitucionales” sino también “actores político-institucionales”.³⁸

El cambio en el modelo hegemónico implicó la constitución de un sistema político complejo que hizo variar la estructura del estado. Un nuevo modo de articulación entre economía y sociedad comenzaba a dibujarse en los 20 como recomposición burguesa de la hegemonía y este esquema —realimentado tras la crisis económica del '29 y sus consecuencias— abarcará a la vez formas “democráticas” y “totalitarias” de representación y englobará tanto a sociedades centrales como a tardodependientes. El “estado de compromiso” en las sociedades latinoamericanas de los 40 no podría ser explicado fuera de estas premisas.

La “democratización de masas” y la transición de una economía en la que predominaba la competencia hacia otra de “capitalismo organizado” se halla en las raíces de esa transformación de las funciones y la estructura del estado. Aunque de manera subordinada, las masas penetraron en el sistema político, que, al comprender instituciones hasta entonces “privadas”, interioriza en su espacio a las contradicciones. Como lo ha señalado en una fórmula Pietro Ingrao, la “politización de lo social” implica la necesidad de una “socialización de la política”.³⁹ Al entrar el estado capitalista en una nueva fase —de ningún modo coyuntural sino de larga duración— se modifican también los presupuestos de la acción política de las clases subalternas.

En esta encrucijada, en este desafío que obligaba a repensar tácticas y estrategia, a dibujar nuevos proyectos de acción contrahegemónica a la altura de los cambios que el proceso sociopolítico planteaba, se empantanaron la teoría y la práctica socialista y democrática durante décadas; la crisis del '30 y el surgimiento del nazismo acentuarían esta *impasse*. La “revolución pasiva”, conceptual e histórica, que la burguesía logró poner en

marcha como respuesta a la crisis revolucionaria de los primeros años de la posguerra no iba a encontrar sino algunas respuestas teóricas solitarias en el terreno del socialismo: Gramsci, desde la cárcel, sería una de ellas. Si según un eslogan que hizo fortuna “Weber fue el Marx de la burguesía”, no sería provocativo decir que en la crisis del marxismo de los años 30 Gramsci fue el Weber de las clases subalternas, el único que intuyó el proceso de cambios en curso y en lo posible razonó, desde el punto de vista de la voluntad socialista y revolucionaria, la necesidad de reconstruir una alternativa contrahegemónica.⁴⁰

4. LOS SOCIALISMOS Y EL ESTADO: DILEMAS

Fueron los procesos que llevaron a la brusca obtención de su ciudadanía por las clases subalternas los que en rigor le plantearon al marxismo la urgencia de la reflexión sobre el estado.⁴¹ Dicho de otra manera: hasta el momento en que el marxismo no se transformó —en confrontación con otras perspectivas— en principio ideológico articulador de un movimiento de masas, la problemática estatal (entendida como examen específico de esa relación de dominación, pero también como objetivo de la acción de clase) no se reveló en su verdadero alcance de principal dimensión analítica. Hostigada por los extremos teóricos de Bakunin y Lassalle, la conceptualización de Marx sobre la cuestión siempre actuó *en negativo*: de los anarquistas rechazaba el antiautoritarismo ingenuo (sobre todo por el desdén que éstos manifestaban frente a la lucha política) y del lassallismo, su intención de desarmar la movilización autónoma de la clase obrera al confiar los objetivos socialistas a una intervención política desde lo alto mediante una alianza de los trabajadores con el estado. Las notas marxianas acerca del libro de Bakunin relativo al estado y la *Crítica del programa de Gotha* (escritas con una diferencia aproximada de un año, entre principios de 1874 y el primer tercio de 1875) ilustran respectivamente acerca de las ideas de Marx sobre el asunto, como deslinde polémico frente a otros planteos. Es cierto que en los momentos de crisis política Marx se acerca-

ba más a las posiciones "antiestatalistas": basta ver sus observaciones sobre la Comuna de París. Invulnerable, en cambio, fue el rechazo al lassallismo y su proyecto de *Real Politik*, una perspectiva que jamás armonizaría con la matriz ideológica sobre el tema que Marx adoptara en sus años juveniles. De todos modos, a principios de los 90 la herencia lassalleana parecía liquidada: tal era la opinión de Engels al publicar en 1891 la *Crítica al programa de Gotha*; "lassalleanos específicos —dice— ya sólo quedan en el extranjero como ruinas aisladas...". Pero la realidad iba a indicar otra cosa.

En la frontera del siglo la evolución política del movimiento obrero europeo iba a colocar el tema estatal en un primer plano. El crecimiento de la cohesión de clase del proletariado, la legalización de la actividad de los sindicatos, el avance súbito de los partidos socialistas, todo ello en el cuadro de un proceso profundo de "revolución pasiva" a través del cual eran incorporados al discurso liberal dominante temas democráticos y se modificaban, en extensión y densidad, las funciones del estado, constituían un desafío nuevo para el pensamiento marxista en momentos en que éste comenzaba a hegemonizar ideológicamente al movimiento social.

En la línea de ingreso a una distinta fase del capitalismo, sería Engels el encargado de plantear los nuevos problemas que enfrentaría a partir de entonces el movimiento socialista. En el año de su muerte la aparición de su introducción a *La lucha de clases en Francia* de Marx implicará un verdadero partearguas en el desarrollo del "socialismo científico", transformado en pocos años de una secta intelectual en el elemento ordenador de grandes movimientos sociales. Con la introducción engelsiana de 1895 el marxismo penetra definitivamente en la hora de su madurez política; repliega sus rasgos de *crítica* y se asume como *doctrina*.

Es sabido que la línea de sentido de ese texto, polémico y sometido a una serie de vicisitudes partidarias, es la reflexión autocrítica sobre las expectativas revolucionarias que Marx y Engels se habían trazado a mediados del siglo.⁴² "La historia nos dio también a nosotros un mentís y reveló como una ilusión nuestro punto de vista de entonces", escribe. Y agrega: "fue todavía

más allá: no sólo destruyó el error en que nos encontrábamos sino que además transformó de arriba abajo las condiciones bajo las cuales tiene que luchar el proletariado. El método de lucha de 1848 está hoy anticuado en todos los aspectos y éste es un punto que merece ser investigado ahora más detenidamente".⁴³ La *Introducción* no es otra cosa que un examen de esas modificaciones en las que el principal elemento político de cambio es la presencia *organizada* de las masas, no sólo en Alemania, donde con casi dos millones de votos la socialdemocracia capturaba ya a un cuarto del electorado, sino también en toda Europa. En la percepción de Engels el proceso era tan avasallador que incluso Rusia entraría tarde o temprano en él.

El dato central —y a partir de él la necesidad de una modificación en la táctica de los socialistas— era que esa presencia organizada de las masas cambiaba la situación de éstas en el sistema político: la conquista de la ciudadanía las *interiorizaba* (aunque conflictivamente) en el estado, que así perdía su exterioridad frente a ellas. Ese estado modificado ya no podía ser percibido linealmente como "comité administrativo" de la burguesía: la forma de la dominación se había complejizado hasta tal punto, mediante la democratización arrancada al antiguo esquema liberal restringido, que ahora "prosperamos mucho más con los medios legales que con los medios ilegales y la subversión".⁴⁴ La paradoja de la que viene a dar cuenta Engels es ésta: la legalidad burguesa mata a la burguesía y da vida al movimiento socialista de masas.

La divisoria en la historia de la acción socialista expresada por la *Introducción* se cruza con la modificación de las instituciones estatales a través de las cuales comienza a organizarse la dominación burguesa desde fines del siglo XIX.

La percepción de estos cambios por parte de Engels es el núcleo alrededor del cual gira todo su discurso: en la mirada engelsiana están los cambios en la morfología del capitalismo, pero sobre todo los que se producen en el status político de las masas subalternas; las transformaciones en el patrón de acumulación, pero especialmente en el modelo hegemónico. La complejización estatal ya no es meramente "bonapartista", como un

resultado de luchas y compromisos entre fracciones de la clase dominante: "las instituciones estatales en las que se organiza la dominación de la burguesía ofrecen nuevas posibilidades a la clase obrera para luchar contra esas mismas instituciones".⁴⁵

En este punto, a la altura de la perplejidad que al movimiento socialista le crean estas modificaciones, surgirá la polémica sobre el "revisionismo", cuyo eje de discusión será doble: por un lado la relación economía-sociedad; por el otro, más activo, la relación estado-masas.

Un año después de la publicación de este texto de Engels, Eduard Bernstein, uno de los socialistas alemanes más cercanos a aquél, inicia la publicación en la *Neue Zeit* de una serie de artículos que, en medio de una tensa polémica, habrá de refundir en el libro publicado en 1899 bajo el título de *Los presupuestos del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*. Quedaba abierta así la polémica sobre el "revisionismo", la *Bernstein-Debatte* que, cruzando las fronteras de Alemania, involucrará a todo el marxismo de la II Internacional. ¿Cuáles eran sus temas centrales?:

"El desarrollo de masas del movimiento y la manera en que el mismo retroactuaba sobre las estructuras organizativas y sobre la estrategia de la socialdemocracia (no sólo alemana); la nueva relación entre estado y sociedad civil y la capacidad del primero para radicarse en la segunda alterando así las formas tradicionales de la mediación política y creando otras en su lugar; el pasaje, en fin, a una nueva fase de la lucha política: esto es, según Gramsci, el pasaje de la 'revolución permanente' a la 'hegemonía civil': son éstos los temas o, al menos, algunos de los nudos centrales con los cuales el marxismo de la II Internacional, los intelectuales cercanos a la organización del movimiento obrero y sus respectivos dirigentes se confrontaron en este debate que se desarrolló a caballo del ochocientos y el novecientos."⁴⁶

Bernstein habría de llevar mucho más lejos el arco de la autocrítica abierto por Engels: en rigor, su "revisión" ponía en cuestión ya no la *sáctica* sino la *estrategia*; era la lectura "ortodoxa" del pensamiento de Marx la que debía ser revisada para que el socialismo pudiera hacerse cargo de la nueva situación. Casi un siglo después resultaría pedantesco y vacío subestimar

el enorme significado de las preguntas que Bernstein planteó, en nombre de la insuficiencia de sus respuestas. Su aporte —versátil, autodidacta— implicaba sin embargo, en un mundo cultural socialista penetrado por la retórica de "los principios", introducir preguntas sociológicas, trabajar con estadísticas, conmovier con la provocación de la realidad a un escaparate de dogmas. Bernstein no erraba en la intuición de que el capitalismo estaba cambiando, que la superación de la "Gran Depresión" de los 70 era la transformación y no el derrumbe. Sus respuestas fueron débiles, sus conclusiones políticas ingenuas, pero tuvo la audacia de plantear las preguntas. Como señala Colletti: "por la rapidez con que intuye la nueva situación y no manifiestamente por la interpretación que da de ello, [está] más próximo a la generación de los Lenin y los Hilferding que a la de los Kautsky y los Plejanov".⁴⁷

Los planteos bernsteinianos iban dirigidos contra el "catastrofismo", esa interpretación apocalíptica de la historia que acompaña, como la sombra al cuerpo, a toda teología revolucionaria.

Pero si bien su hilo polémico conductor era la crítica a la hipótesis mecanicista que ligaba crisis con derrumbe y revolución social, está en el problema del estado la clave unificadora de su pensamiento y finalmente el sustento de sus errores de juicio.

Bernstein coloca sus reflexiones bajo la protección de la *Introducción* de Engels. En su mensaje al congreso de la II Internacional reunido en Stuttgart en 1907 dice: "La hipótesis de la evolución de la sociedad moderna expuesta en el *Manifiesto Comunista* era exacta en cuanto caracteriza las tendencias generales de esta evolución, pero era errónea en varias conclusiones específicas y especialmente en lo que concierne al tiempo que necesitaría esa evolución. Este último error fue reconocido sin reservas por Federico Engels en la introducción a *La lucha de clases en Francia*."⁴⁸

Su propuesta explícita era avanzar en el análisis de esas transformaciones que colocaban como obsoletas a algunas conclusiones del marxismo clásico. Como Engels, Bernstein consideraba como punto de partida la nueva situación de las masas en

el espacio político, su presencia organizada en el estado, vehiculizada por el sufragio universal. Pero allí donde Engels veía un fenómeno de mayor complejidad de la dominación, Bernstein, y luego de 1914 toda la socialdemocracia, introducía un agregado que modificaba totalmente la lúcida percepción engelsiana: para el "revisionismo", el crecimiento de la complejidad en la relación estado-masas implicaba un proceso hacia la "neutralidad" del estado.⁴⁹ La ingenuidad sociológica y política de esta posición era grave: frente a ella resalta aún más la contemporánea clarividencia de Weber.⁵⁰

El error de perspectiva más notable del "revisionismo" y en general de toda la visión estatal elaborada por la II Internacional—expresada paradigmáticamente en esa obra maestra que para sus ideales fuera la república "democrática y social" de Weimar— fue la incompreensión de las tendencias centralizadoras y autoritarias que acompañaban al proceso de "democratización", cuando la hegemonía burguesa debía compadecerse con la presencia de masas y no con la de "individuos". A diferencia de la realista apreciación weberiana, para la II Internacional "socialización" y "democratización" del estado marchaban a un mismo compás; el socialismo, diría Bernstein, no es otra cosa que la expansión del liberalismo.

Quizá fue Heinrich Cunow quien a principios de la década de los 20 más lejos avanzó teóricamente en el camino de ese optimismo. "En los años sesenta y setenta del siglo pasado el estado comienza a adquirir nuevas tareas y funciones (...) Sobre la base del enorme desarrollo económico [se inicia] una transformación y una proliferación de las funciones del estado que cambian cada vez más su carácter."⁵¹ Hasta aquí la caracterización parece correcta, pero el razonamiento daba un paso más: "El estado, pues, ya no es desde hace tiempo lo que era en el siglo XVIII y comienzos del XIX: una simple organización de defensa y dominación con un aparato burocrático de gobierno para proteger intereses dinásticos y estatales (...) El sentir creciente [de las masas] de que el propio bienestar está ligado en gran medida al ser del estado y de que sólo con él puede llegar a realizarse, hizo surgir de modo natural el conocimiento de

una cierta comunidad que, posteriormente, se fue convirtiendo en un consciente y deseado tomar parte en la comunidad estatal; en las capas más pobres del pueblo esto no se produjo, desde luego, hasta que consiguieron una parte de la fuerza estatal. En lugar de la antigua expresión de fuerza dinástica: 'El Estado soy Yo' aparece ahora, en un círculo de ciudadanos que se agranda cada vez más, la fortificante conciencia de que 'El Estado somos nosotros'."⁵²

Esta convicción penetró absolutamente en el pensamiento socialdemócrata: el "revisionismo" se transformó por el peso de los hechos en doctrina oficial sobre el estado y, a través de esa victoria, Lassalle consumó su póstuma venganza teórica sobre Marx y Engels. En efecto, lo que triunfaba era la visión lassalleana sobre la penetración de los trabajadores en el estado y, por lo tanto, la idea de la "neutralidad" del aparato, de su potencialidad *instrumental* para proteger diferentes intereses sociales según la capacidad, históricamente variable, que manifestaba el sector social que predominara en ese espacio originalmente vacío. Si para Bernstein el movimiento obrero se iba convirtiendo progresivamente en una fuerza *del* estado, entendido éste como el "cuerpo administrativo político de la comunidad",⁵³ para el Kautsky de fines de la década de los 20 el desarrollo del capitalismo y la presión de las masas organizadas modificaba la propia *esencia* del estado: "la igualdad de todos los ciudadanos ante el derecho, el reconocimiento en cada uno de ellos de los mismos derechos y deberes políticos y ciudadanos significaba ya una ruptura con el Estado tal como era desde su comienzo (...) Si se convierte en el órgano de una minoría explotadora ello no se debe a la manera de ser del Estado sino a la de las clases trabajadoras, a su desunión, a su ignorancia, a su falta de autonomía o incapacidad para la lucha".⁵⁴ Estamos ya en pleno Lassalle. Bernstein habría de reconocerlo expresamente en 1922: "En este sentido Lassalle (...) a pesar de algunas exageraciones se ha adelantado acertadamente a la historia, tal como nosotros podemos abarcarla desde nuestra perspectiva".⁵⁵

Pero alrededor de 1905 habrá comenzado a madurar otra generación socialista. Ella irá desplazando geográficamente el

asiento de la discusión desde Alemania hacia el este de Europa, incluyendo como zona de fractura a Viena, donde se entremezclaban con la tradición marxista germana otros ecos más atentos a la problemática de lo nacional y de la marginación cultural y política.

Esta nueva leva socialista conformará lo que Lichteim habrá de calificar como "generación de 1905" y agrupará principalmente a rusos, polacos (casi todos radicados en Alemania) y austriacos.⁵⁶ Hilferding, Bauer, Luxemburg, Adler, Lenin, Trotsky, Bujarin llevaron al marxismo de la II Internacional, apesado aún por las resonancias de la *Bernstein-Debatte*, nuevos temas. El catalizador histórico fue la revolución de 1905 en Rusia, que, treinta y cinco años después de la Comuna de París, replanteaba el tema de la revolución social, de la insurrección de masas, de la ruptura de la integración entre éstas y el estado. Desde la atrasada Rusia el marxismo volvía a los temas del '48, a la problemática de la "revolución permanente", a la relación planteada a mediados del siglo XIX entre revoluciones plebeyas democrático-nacionales y revolución socialista.

Esta generación, más allá de las diferencias que es necesario establecer entre sus integrantes, intentó colocarse en el interior de la discusión sobre las transformaciones operadas en la relación entre estado y capitalismo y estado y masas, pero para dar a ese nudo problemático una respuesta diferente (sea como análisis del capitalismo, sea como estrategia socialista) a la que proponía el "revisionismo". La doble dimensión conceptual con la que trabajaron esa nueva realidad fue, por un lado, el reconocimiento de las transformaciones que llevaban al capitalismo competitivo a una fase imperialista y, por el otro, como hipótesis de trabajo político, el considerar a esos cambios como una antesala del socialismo (como su "condición objetiva", precisamente) en caso de que una correcta iniciativa de masas, pensada en término de ofensiva revolucionaria, fuera capaz de incidir sobre la situación. Las diversidades en el interior de esta mirada común (que los separaba del viejo "antirrevisionismo" postulado por el *centro* kautskiano) eran, sin embargo, significativas: teóricamente cortaban por la mayor o menor impreg-

nación que este tema de las "condiciones objetivas" tenía con una concepción "catastrofista" sobre la crisis del capitalismo y también, políticamente, por la manera en que eran vistos los problemas de la articulación entre masas y organización y, entre ruptura insurreccional y acumulación de fuerzas en el plano de la legalidad.

Desde perspectivas a veces antagónicas, un significativo cuerpo textual intenta hacerse cargo de las transformaciones profundas a través de las cuales el capitalismo "sale" de la crisis del último cuarto del siglo XIX. La nueva forma de articulación entre estado y mercado, los fenómenos de "cartelización" de la economía, el predominio del capital financiero, la emergencia de un imperialismo moderno, serán, entre otros, rasgos de la descripción económica compartida, ya en los 20, por las visiones opuestas de la III Internacional sobre el "capitalismo monopolista del estado" o por la imagen hilferdinguiana del "capitalismo organizado". El común denominador era la idea de que el capitalismo había llegado a una etapa parasitaria, la cual podía o no prolongarse (y ése era un plano de corte con el "catastrofismo"), pero que había encontrado su techo expansivo. Lo que faltaba era una conceptualización paralela sobre el papel activo del estado burgués en estas nuevas condiciones, sobre su capacidad para "introducirse" en la economía y en la sociedad, ausencia sostenida sobre el mantenimiento de una visión dicotómica de la relación entre "base" y "superestructura". Salvo excepciones marginales, la visión instrumentalista del estado presente en todas las formulaciones de la II Internacional no será superada, y con esa limitación el marxismo, *reformista o revolucionario*, entrará a la década de los 20, precisamente a la etapa en que madura el proceso de reorganización hegemónica burguesa; la reestructuración del sistema con eje estatal.

No será ésta la preocupación, el nexo que articula la reflexión posrevisionista, sino la vinculación entre crisis y (en palabras del joven Lukacz) "actualidad de la revolución".

Esa centralidad en la preocupación política por la relación entre imperialismo, guerra y revolución alcanzará su cima en el pensamiento de Lenin y, sobre todo, en el giro que su conduc-

ción táctica da a los sucesos rusos a partir de febrero de 1917. La "actualidad de la revolución" implica, a su vez, una dimensión mundial, la posibilidad de que el proceso de cambios socialistas se expanda a partir de los "eslabones más débiles" de la "cadena imperialista". Pero ese estallido —y ésta será la vinculación retórica con el marxismo clásico, como las realidades nacionales fragmentadas del siglo XX lo mostraron luego— sólo podía ser pensado como prólogo de una revolución mundial; en palabras de Lenin, con la "constitución de una república mundial de los soviets" que, por añadidura, se veía (o se deseaba ver, porque Lenin era, sobre todo, un "genio nacional"), como un problema de semanas o meses.

Es claro que en estas condiciones palingenésicas, la temática del estado capitalista, la indagación sobre las nuevas características de la hegemonía (larvadas desde fines de siglo), sobre la penetración del estado en la sociedad civil mediante la construcción de un "sistema de trincheras" que protegía a la dominación de un asalto súbito por parte de las masas, no tenía cabida o aparecía como un tema de segunda importancia.

Cuando Lenin escribe sobre el estado en 1917 su inspiración es el texto marxiano sobre la comuna, es decir, sobre el último episodio de una etapa táctica que Engels en 1895 consideraba ya superada. Con una forma ya casi rutinaria al emerger una crisis política general, el marxismo revolucionario respondía —como lo había hecho Marx en 1870— en clave neanarquista, colocando el eje de su discurso en el tema antihegeliano de la *extinción* del estado, para lo cual era necesario extremar los rasgos instrumentales de éste. La paradoja era que *revisionistas* y *revolucionarios* coincidían, por motivaciones antagónicas, en esta apreciación que ignoraba la densidad de las nuevas formas de dominación, la nueva complejidad del hecho estatal. Los primeros suponían que este estado-instrumento podía ser "ocupado" molecularmente mediante la expansión que las masas lograban desde el interior de un liberalismo que no tenía límites fijos. Los segundos —salvo quizá Rosa Luxemburg, que alcanzó a intuir la mayor complejidad de la situación— se afirmaban en la idea de la destrucción-transformación del estado burgués por parte del

proletariado autónomamente organizado, que crearía un estado de transición en el que la figura del "ciudadano" sería reemplazada por la del "productor", en un proceso en el que sería posible transformar la administración estatal en un mecanismo simple gracias a que el desarrollo capitalista "simplifica la administración del estado {y} permite desterrar la administración burocrática", al reducir todo el manejo de los asuntos públicos a operaciones de "inspección y anotación accesibles a cualquiera que sepa leer y escribir y para las cuales basta conocer las cuatro reglas aritméticas y con extender los recibos correspondientes".³⁷

Quizá sea en otro texto de Lenin, contemporáneo a *El estado y la revolución*, donde esta concepción sobre el estado aparezca con más claridad. Lenin distingue en ese escrito dos "aparatos" que se entrelazan en el interior del estado capitalista: uno de clase, opresivo; otro "técnico" y, *por lo tanto*, neutral. El primero está formado por "el ejército permanente, la policía y los funcionarios". "El proletariado —agrega— no puede adueñarse del aparato del Estado y ponerlo en marcha. Pero sí puede destruir todo lo que hay de opresor, de rutinario, de incorregiblemente burgués en el antiguo aparato de Estado, sustituyéndolo por uno nuevo, por su propio aparato."³⁸

Pero al lado de este instrumento de opresión existiría otro "aparato" estatal: "el estado moderno posee un aparato entrelazado muy íntimamente con los bancos y los consorcios, un aparato que efectúa, si vale expresarse así, un vasto trabajo de cálculo y registro. *Este aparato no puede ser destruido*. Lo que hay que hacer es arrancarlo de la supeditación de los capitalistas, cortar, romper, desmontar todos los hilos por medio de los cuales los capitalistas influyen en él, subordinarlo a los soviets proletarios y darle un carácter más vasto y popular. Esto se *puede* hacer apoyándose en las conquistas ya realizadas por el gran capitalismo."³⁹

La conclusión, a partir de esa premisa sobre la dualidad del estado, parecía simple: "De este *aparato del Estado* (que bajo el capitalismo no es totalmente del Estado, pero que en nuestras manos, bajo el socialismo, será íntegramente del Estado) podemos *apoderarnos* y *ponerlo en marcha* de un solo golpe, con un solo decreto, pues el trabajo efectivo de contabilidad, de control, de

registro, de estadística y de cálculo corre aquí a cargo de empleados, la mayoría de los cuales son por sus condiciones de vida proletarios o semiproletarios".⁶⁰

Si el "revisiónismo" verá al estado como un espacio neutral que puede ser ocupado, como una forma vacía maleable para asumir contenidos diversos, el leninismo distinguirá entre un aparato *técnico* que como tal puede y debe ser utilizado y un aparato *político* que, en cambio, debe ser destruido. Lenin afirma, en el texto antes citado, que cuando Marx habla de destrucción del estado se refiere exclusivamente a esta última dimensión.

La divergencia entre ambas posiciones fue políticamente significativa hasta el punto de que marca el principal plano de ruptura entre los marxismos de la II y la III Internacional, pero a un nivel teórico más general las dos resaltan una similar inadecuación frente a la necesidad de una sociología del estado capitalista, de sus formas cambiantes de hegemonía, capaz de ver a éstas (y al sentido de sus modificaciones) en la complejidad de su función principal como espacio de reproducción de la totalidad de las relaciones sociales.

Weber operará, desde la crítica al marxismo, una paradójica reconstrucción de los lazos entre relaciones sociales y relaciones técnicas (ambas como relaciones de dominación) mucho más correcta. Precisamente será por medio de ese "saber especializado" que la dominación comenzará a ejercerse una vez que el capitalismo ha ingresado en su etapa de mayor desarrollo. El papel de la ciencia y de la técnica se fusionaría entonces, en una única instancia, como la forma moderna del poder. La distinción entre dominación y saber ya no podía ser trazada, porque la dinámica del funcionamiento burocrático no está ligada con las características del personal que ocupa los roles sino que es un modo estructural de la relación de dominación. Desde el propio reino de la "racionalidad formal" y no desde la voluntad de "los fines" se determinaban las condiciones de la reproducción del sistema. Ya no bastaba con apoderarse de ciertos puntos del estado cuyo control era estratégico para poder utilizar, al servicio de otros fines, la neutralidad de la técnica: la esencia de la razón instrumental es la dominación; fuerzas productivas y relaciones

sociales forman un único tejido. El pesimismo de Weber se instalaba sobre esa convicción: si la "racionalidad material" derrotaba a la "racionalidad formal", sería posible la democracia plena (o el socialismo), pero a costa del estancamiento de la sociedad; si, en cambio, otros fines eran servidos por los mismos medios, la perspectiva no podría ser sino la burocratización universal: el mundo aprisionado en una "jaula de hierro".⁶¹

El desafío de esta temática es lo que el socialismo no pudo vencer, ni a través de la ingenuidad "revisionista" que soñaba con una vinculación creciente entre democratización y socialismo, ni a través de la vertiente revolucionaria, que tampoco supo captar las nuevas formas hegemónicas de la burguesía operadas a través de un estado que cada vez penetraba más en la sociedad pero que, como señalaba Mannheim, cada vez concentraba más "por razones objetivas", "la inteligencia social y la capacidad de mando", en un doble proceso de "concentración del hacer y monopolización del saber".⁶²

5. LA DÉCADA DE LOS 20 Y "LA TRAGEDIA DEL MOVIMIENTO OBRERO"

La crisis revolucionaria de los primeros años de la posguerra pondrá a prueba la capacidad de la burguesía para recomponer los mecanismos de su hegemonía sobre la sociedad. El proceso de transformaciones en la relación entre estado y economía que se había iniciado a fin de siglo se profundizará en la década de los 20 a través de una reformulación de las relaciones entre estado y masas, cuya expresión se dará en un nuevo sistema político que dejará atrás al viejo modelo liberal. La nueva manifestación de la crisis económica, en 1929, acentuará los rasgos de esta nueva época del capitalismo, caracterizada por una "primacía de la política" o, como diría Kalecki años después, por la vigencia de un "ciclo económico-político".⁶³ Intervencionismo económico, asistencialismo social y neocorporativismo político serán, por toda una fase, los rostros del estado burgués posliberal. Pero el mundo que nace en la década de los 20, básicamente caracterizado por este proceso de recomposición hegemó-

nica, ha cambiado también en otro aspecto: como un nuevo interlocutor frente a los otros estados, se ha instalado en el antiguo imperio zarista un gobierno socialista revolucionario al que se suma la constitución de un contingente internacional de partidos comunistas. La URSS y la III Internacional implicarán un nuevo punto de referencia para la historia de un movimiento obrero ya dividido de manera irreconciliable, y para el marxismo teórico, la introducción de una temática —inusitadamente reforzada por el soporte que le otorga la presencia de un estado— que redefinirá, frente al “reformismo” de los partidos de la II Internacional (poderosamente reconstituidos) los problemas de la transición al socialismo.

En este marco de recomposición burguesa y de fragmentación de las filas socialistas entrará el movimiento obrero a la tercera década de este siglo.

Adólf Sturmthal ha calificado como “tragedia” para los proyectos de las clases subalternas el período de veinte años que separa la Primera de la Segunda Guerra Mundial.⁶⁴ Dos decenios en que fueron ahogados dramáticamente los intentos políticos de la socialdemocracia alemana y austríaca (los destacamentos más poderosos de la II Internacional) y en que, por parte de la III Internacional, no fue posible tampoco abrir nuevas brechas revolucionarias en Europa, tras el período de auge que cubrió de 1917 a 1921, mientras a mediados de los 30, el stalinismo, por añadidura, desangraba a la elite que había dirigido la Revolución de Octubre.

La incomprensión que las dos versiones del proyecto socialista manifestaron sobre las transformaciones en curso en la etapa madura del capitalismo, la errada percepción sobre las nuevas relaciones que se planteaban entre estado y sociedad, se transformaron en límites infranqueables para la expansión del movimiento. La perspectiva del tiempo permite ya pensar a esa trayectoria teórica y política de las dos Internacionales fuera de la mirada moralizadora con que habitualmente se la apreció, de uno o de otro lado. La historia de los grandes movimientos de masas es siempre demasiado compleja como para absorberla en epítetos.

A partir de esa incomprensión sobre lo que realmente estaba sucediendo en el capitalismo, los marxistas de la II y de la III entraron en una gran parálisis teórica, mientras el capitalismo encaraba una “revolución pasiva” de grandes dimensiones. La socialdemocracia alemana demostró en el trágico final de la República de Weimar su total incapacidad para hacerse cargo de un proceso de transición al socialismo en las nuevas condiciones. A su vez, los partidos comunistas, partiendo de las líneas que fijaba la III Internacional (crecientemente sometida a la “razón de estado” soviética), tampoco encontraron respuestas políticas que fueran más allá de una “guerra civil” contra la socialdemocracia: era, en rigor, muy difícil encontrarlas si el punto de partida teórico era el análisis del capitalismo en clave “catastrofista”. Es cierto que en ambos campos hubo excepciones a la ceguera; signos de una apertura que intentaba —en los límites de un pensamiento y una práctica global cada vez más estrecha y penetrada de dogmas— replantear los problemas. Emblemáticamente esas excepciones podrían representarse en dos nombres: Antonio Gramsci en las filas de la III Internacional y Max Adler, como momento más alto de la elaboración de la II Internacional en el interior del “austromarxismo”, ese notable movimiento político y cultural de entreguerras, cuya revaloración recién se está haciendo ahora.⁶⁵ (Es claro que también estuvo Trotsky, pero él siempre fue mucho más un sobreviviente del '17 preocupado por reivindicar frente a Stalin la pureza de su leninismo, que un precursor de la nueva temática, salvo en ciertos momentos de brillante intuición política especialmente reflejados en algunos análisis sobre el aventurerismo de la III Internacional en la Alemania de principios de los 30.)

La socialdemocracia alemana realizará la experiencia weimariana bajo una conducción teórica que ya dejó atrás a sus líderes ideológicos históricos. Su figura central será ahora Rudolf Hilferding, una de las personalidades más interesantes que el socialismo produjo en este siglo. Integrante de aquella “generación de 1905” que buscó, a partir del desafío polémico bernsteiniano, interpretar los nuevos rasgos del desarrollo capitalista, Hilferding llega a transformarse a principios de los

20 en figura principal de la experiencia weimariana, de ese modelo casi perfecto de neocorporativismo pluralista que indicaba la línea de tendencia de la recomposición capitalista, y en el cual la socialdemocracia habría de jugar el papel de "garante obrero" de un sistema político democrático sostenido por un complicado tejido de pactos institucionales. En el interior de ese espacio, como expansión molecular y progresiva de éste, la II Internacional insertaba la posibilidad de transición al socialismo. Bajo supuestos analíticos diferentes de los de Bernstein, Hilferding será el encargado de teorizar esa estrategia, tan similar en su ingenuidad final a la del "revisionismo": una pretensión de *Realpolitik* que se revelará como *Illusionspolitik* cuando en 1933, sin necesidad de un golpe de estado, sin una "marcha sobre Berlín", Adolfo Hitler, por los mecanismos de la constitución de Weimar, llega a ser designado canciller del Reich.

Si los temas de Bernstein (en la medida en que sus razonamientos puedan ser simplificados de esta manera) llevaban a una imagen casi idílica de la expansión capitalista enlazada con un proceso de democratización ininterrumpida, a partir de un liberalismo mitologizado, el razonamiento de Hilferding era más complejo, aunque concluyera en una misma visión "lassalleana" del rol del estado.

El eje ordenador de los planteos de Hilferding será su concepto de "capitalismo organizado", que aparece en 1915, pocos años después de la edición de *El capital financiero*.⁶⁶ En ese momento los lazos que vinculaban al concepto con los desarrollos teóricos contenidos en su libro famoso eran básicamente de continuidad. El capitalismo financiero, en su expansión, llevaba al reforzamiento del poder estatal (tema de la última sección de su trabajo de 1910); así, escribe en 1915, "en lugar de la victoria del socialismo parece hoy posible el advenimiento de una sociedad de economía organizada, pero organizada en el sentido patronal y no democrático, a cuya cabeza estarían las fuerzas organizadas de los monopolios capitalistas y del estado, bajo la cual las masas trabajarían a escala jerárquica, como empleados de la producción. En lugar de la superación de la sociedad capitalista tendríamos la sociedad del capitalismo organizado, más

adecuado a las necesidades materiales de las masas de cuanto lo había sido hasta ahora."⁶⁷

El término habrá de reaparecer sucesivamente a partir de 1920, pero su significado variará, sobre todo en cuanto a sus implicaciones políticas, en la medida en que la instauración, con la presencia protagónica de los socialistas, de la República de Weimar introducirá en la concepción hilferdinguiana una nueva categoría analítica: la de "estado democrático". Si durante la Alemania imperial el proletariado tendía a negar al estado, pues en tanto forma autoritaria no podía ser visto sino en oposición frontal, con las transformaciones de posguerra esa percepción debía variar. Los fines que un estado cumple están determinados por la clase que ocupa ese instrumento que, como tal, puede servir a distintos proyectos. El proletariado alemán había creado, como alternativa frente al absolutismo monárquico, un sistema político democrático que era permeable a sus presiones. En esas condiciones el estado ya no era más un obstáculo sino un medio político posible de ser utilizado en la transición al socialismo.

Este "estado democrático" era la expresión de la presencia de las masas en el "capitalismo organizado", es decir, en la fase en que se realiza el pasaje de la libre competencia al principio de la planeación. En ese sentido, era un "estado de organizaciones", un sistema político complejo y plural, no una relación que abarcaba a "ciudadanos" portadores individuales de derechos naturales. La presencia de las masas organizadas se interiorizaba en el estado a través no sólo del partido socialdemócrata sino también de los sindicatos.

Franz Neumann ha señalado que ese estado, concebido como síntesis contradictoria de organizaciones, era una *democracia contractual*, articulada a partir de una serie de "pactos" expresos entre fuerzas sociales. En el esquema del pluralismo weimariano "el Estado debía permanecer neutral frente a las organizaciones (...) La soberanía del Estado no habría de ser ejercida ya por una burocracia independiente, por la policía y el ejército; se suponía en cambio que estaba en manos del pueblo todo, que, con este fin, se organizaría en asociaciones vo-

luntarias. Este sistema pluralista no ignoraba la lucha de clases; antes bien, intentó convertirla en una forma de cooperación entre las clases".⁶⁸

El modelo político correspondía mucho más, en realidad, a la reconstitución de la hegemonía burguesa en condiciones de masas que a ninguna forma de transición al socialismo. Más que a las ilusiones de la socialdemocracia se ajustaba a la descripción que Maier ha hecho del "pluralismo corporativo" como modo de ajuste institucional del capitalismo de posguerra; "envolvía el desplazamiento del poder de los representantes electivos o de la burocracia de carrera a las más importantes fuerzas organizadas de la economía y de la sociedad (...) algunas veces negociando directamente entre ellas, otras ejerciendo influencia a través de un debilitado parlamento y ocasionalmente buscando ventajas a través de nuevas autoridades ejecutivas. En todos los casos el corporativismo significaba crecimiento del poder privado y crepúsculo de la soberanía".⁶⁹

Para Adolf Sturmhthal el esquema weimariano era el típico de una situación de "empate social", en la que los trabajadores actuaban, a través de sus partidos y sindicatos, más como "grupo de presión" que como un núcleo con vocación política hegemónica, pese a coparticipar, efectivamente, en el sistema político.⁷⁰

En tal sentido lo que se producía era una mezcla contradictoria de reivindicaciones sindicales y defensa del *laissez-faire* económico, sin que apareciera una voluntad global, un proyecto que pudiera elevarse por sobre la trama del neocorporativismo y ser capaz de abarcar, en un solo haz, política y economía.⁷¹ Frente a una estrategia hegemónica de la burguesía, el proletariado no tenía ninguna que oponer.

Es que el estado era concebido de una manera estrechamente institucionalista, como un mecanismo de gobierno en sí mismo "neutral", externo a la economía: como señala Rusconi, no era visto por la socialdemocracia como un *momento* de la contradicción social sino como un *campo* en el que chocaban contradicciones exógenas a la instancia de regulación que él expresaría.⁷² A partir de esta percepción, que deja fuera del conflicto de cla-

ses a todo lo no institucionalizado, se yergue la "hipótesis socialtecnocrática" de transición al socialismo: la tarea a emprender será la de transformar, *con el apoyo del estado*, a la economía organizada dirigida por los capitalistas en una economía planificada por los trabajadores.⁷³

La mezcla entre una concepción puramente institucionalista de la política y otra racionalista-tecnocrática de la gestión económica confluirá en una imagen instrumentalista del estado, definido como un lugar en sí mismo vacío donde operan voluntades y proyectos de clase. La imagen, basada en una separación orgánica entre lo político y lo económico, paralizará la actividad de la socialdemocracia ya no sólo a favor de la transición al socialismo sino aun a favor de un mantenimiento de la técnica gubernamental democrática para la resolución de los conflictos. Como se verá a partir del estallido de la crisis en 1929, el institucionalismo llevará al partido a desarmar la posibilidad de movilizaciones y luchas fuera del sistema y el eficientismo desalentará la adopción de medidas estatales anticíclicas, como lo reclamaba un sector de los sindicatos.⁷⁴ Ambos instrumentos, la movilización extraparlamentaria y las propuestas anticíclicas de políticas económicas fueron, en cambio, puntos fundamentales del éxito de masas del nazismo.

Contemporáneamente las propuestas de la III Internacional, pese a su énfasis revolucionario, tampoco contribuían a resolver esa *impasse* del movimiento obrero. La historia que abarca desde sus primeros congresos hasta el VII en 1935, en que proclama la política de los "frentes populares", no podría ser traza-da en este lugar.⁷⁵ Lo que interesa es marcar, aun al precio del esquematismo, una línea central que remite a similar base de error que el cometido por la socialdemocracia: la incapacidad para entender el sentido profundo de la recomposición burguesa en esa etapa, el rol del estado en ella (lo que plantea una distinta relación entre política y economía) y las características de la hegemonía en la época de masas.

Pese a los intentos de Lenin —también ellos en esbozo— por procurar una formulación diferente de la acción política en Europa —de los que es un testimonio la saga que va desde *El extre-*

mismo; enfermedad infantil del comunismo, hasta sus intervenciones en el III y en el IV Congresos de la Internacional—, ésta no pudo quebrar los esquemas de razonamiento propio de la etapa de crisis revolucionaria que siguió a la posguerra. Este modelo de acción política encontrará su realización teórica y práctica más completa a partir del VI Congreso de la Internacional en 1928, cuyo eje será la táctica de “clase contra clase”.⁷⁶

Como es sabido, en sus últimas intervenciones públicas en la Comintern, Lenin había incitado a los partidos comunistas a estudiar la situación occidental, convencido de que el modelo de 1917 era ya inviable en Europa. Pero esas exhortaciones no se plasmaron en hechos: en la crucial década de los 20 la III Internacional no pudo salir, pese a sus numerosas verbalizaciones en contrario, de la idea del estancamiento y de la crisis general capitalista como principal elemento impulsor de una transformación socialista. El VI Congreso —pero más aún que sus debates sus traducciones políticas posteriores— consolidará la imagen de la transición socialista como de lucha frontal “clase contra clase”, con lo que se recuperaba para Europa el tema del “tiempo corto” y la “guerra de maniobras” como núcleo de la estrategia revolucionaria.

De acuerdo con las tesis de la IC, se había entrado ya en el “tercer período” del desarrollo de las contradicciones entre burguesía y clase obrera durante la posguerra. Cada período no era sino una manifestación particular de “la crisis general del capitalismo”, premisa que organizaba los análisis concretos. Esta omnipresencia de la crisis general disolvía cualquier posibilidad de un análisis específico: en un sentido genérico, el capitalismo siempre está en crisis, pero la pretensión analítica no puede quedarse en ese plano de abstracción.

El “primer período”, cuyo punto culminante había estado en 1921, se habría caracterizado por una combinación de crisis aguda del sistema y actividad revolucionaria, cuyo último eslabón fue la derrota de la insurrección alemana de 1923. El “segundo período”, caracterizado por una *estabilización relativa* del sistema capitalista y por la intervención defensiva del movimiento obrero, no era más, en rigor, que un tránsito hacia el “tercer período”,

“que conduce fatalmente (...) a un nuevo quebrantamiento de la estabilización capitalista y a una aguda agravación de la crisis general del capitalismo”.⁷⁷

De esta caracterización del “tercer período” se extraía una serie de conclusiones políticas para el desarrollo del movimiento socialista europeo: 1) la caracterización de la socialdemocracia, en un primer momento como “social-traidora” y luego como “social-fascista”; 2) la descalificación de la izquierda de la socialdemocracia como un enemigo aún peor del movimiento obrero, pues “engaña a las masas con métodos más sutiles”; 3) la idea de que el capitalismo ha llegado a su fase “moribunda”, a su “quiebra definitiva”, no sólo por las contradicciones sociales que genera su desarrollo sino, a la inversa, por su tendencia a “contener el desarrollo de las fuerzas productivas”. La hipótesis de base es que hacia fines de la década se estaba en vísperas de una nueva guerra mundial, tema al que el VI Congreso dedica una tesis especial, y que por lo tanto era posible repetir la experiencia del “primer período”; transformar la guerra en revolución social. En la percepción de la III Internacional lo que se estaba viviendo, en fin, era un momento de ofensiva de masas en un cuadro de crisis decisiva del capitalismo.

Fue el partido comunista alemán, el más importante de Europa, el que llevó este razonamiento a sus extremos. La doble incapacidad para entender la reestructuración capitalista en curso (mediante el recurso de ver al sistema en situación perpetua de “crisis general”), y para apreciar el papel complejo que jugaba la socialdemocracia, como garante de la recomposición pero, a la vez, como poderosa fuerza obrera y democrática, llevó fatalmente a una minimización del peligro potencial del nazismo y a una forma de intervención política que era una trágica caricatura de “autonomía proletaria” sin capacidad hegemónica alguna, en momentos en que, efectivamente, se estaban produciendo desgajamientos de masas del bloque en el poder. Para interpretar esa situación socialmente tan compleja Ernst Thälmann, máximo dirigente del comunismo alemán, trazaba este cuadro esquemático: “Hoy los frentes de clase son mucho más evidentes y, por lo tanto, la línea divisoria es también absolutamente clara

entre las grandes masas obreras: o reformismo o comunismo, no existe una tercera fuerza".⁷⁸

Esta ceguera de los comunistas corrió a la par de la de los socialdemócratas, también embarcados en similar "guerra civil" en el interior de la clase obrera e ilusionados, hasta último momento, en las garantías del sistema político democrático y, por lo tanto, en la pura lucha institucionalista. Arthur Rosenberg, el gran historiador alemán, resume ejemplarmente esta década que efectivamente marcó la tragedia del movimiento obrero alemán y europeo: "Aunque la socialdemocracia ganaba partidarios a costa de los comunistas, ello fue debido únicamente a que la marcha de la coyuntura económica parecía desmentir los siniestros augurios de los comunistas, justificando los métodos legales de la socialdemocracia (...) Pero con todo esto el movimiento socialista se constituía en prisionero de la legalidad republicana y no supo hallar una salida cuando se reprodujo, después de 1929, la situación revolucionaria. En las mismas fechas el partido comunista pasaba a depender totalmente de la política rusa de Stalin (...) Millones de electores obreros alemanes tuvieron que conformarse con un radicalismo puramente verbal que explotaba el prestigio de la Revolución Rusa: el partido comunista llegó a ser totalmente inservible para cualquier acción proletaria y revolucionaria auténtica."⁷⁹

Entre un partido corporativo que sólo proponía integrar sus demandas reivindicativas en las formas democráticas del "capitalismo organizado" y otro, verbalista, que veía la inminencia permanente de la crisis económica sin entender que el proceso de politización de la reproducción capitalista era, desde la posguerra, mucho más complejo, la crisis de masas en Alemania de principios de los 30 fue finalmente capturada por el nazismo, presentado como la única fuerza que aparentemente daba una solución nacional-estatal para los problemas de la coyuntura.

6. ESTADO Y CRISIS EN GRAMSCI

Es en este cuadro donde emerge la propuesta gramsciana, en el interior de la opción abierta por la Revolución Rusa y, esencialmente, como un desarrollo de las líneas conceptuales que ordenan la estrategia fijada por el III y IV Congresos de la Comintern. Gramsci, detenido por la policía fascista a finales de 1926, comenzará la redacción de sus *Cuadernos* a principios de 1929, pero será luego de una visita de su hermano a la cárcel, quien le comunica a mediados de 1930 las características del "giro" impuesto por la III Internacional, así como las consecuencias que éste tiene en el interior del grupo dirigente del partido comunista italiano, cuando asuma su indagación de prisionero como una tarea directamente política, más allá de la apariencia "cultural" o "teórica" de los temas que aborda en sus cuadernos.

La táctica de "clase contra clase" y la concepción de la crisis propuesta por la Comintern a partir del VI Congreso le parecen un grave error, una desviación de las líneas trazadas por el Lenin de los últimos años para enfocar el problema del socialismo en Europa. En la soledad de la cárcel —honda soledad, porque implicará también el aislamiento frente a sus propios camaradas— Gramsci habrá de repensar la entera y compleja problemática de la revolución en Occidente, obsesión que ya era advertible en su trabajo teórico y práctico como dirigente del Pci, después de superado el extremismo sectario que Bordiga le había impuesto al partido en los primeros años.

Sobre el telón de fondo de la parálisis de la II y III Internacional en momentos de un recrudescimiento de la crisis, Gramsci ubica sus preguntas específicas. Ellas giran alrededor de la capacidad que el capitalismo ha demostrado para recomponer su dominación a fin de poder entender, a partir de ello, qué características deberá tener la iniciativa política de los dominados. Sus nudos problemáticos serán, entonces, los rasgos modernos de la hegemonía y las características de la crisis en esa nueva situación. Teoría de la hegemonía y teoría de la crisis aparecerán así entrelazadas como temas complementarios y centrales de un

enfoque que privilegiará la mediación que las instituciones operan en la relación entre masas y clases dominantes.

En una nota redactada entre 1932 y 1934 Gramsci escribe: "Concepto político de la llamada 'revolución permanente', nacida antes de 1848 como expresión científicamente elaborada de las experiencias jacobinas desde 1789 al Thermidor. La fórmula es propia de un período histórico en el cual no existían los grandes partidos políticos de masas ni los sindicatos económicos y la sociedad estaba aún, bajo muchos aspectos, en un estado de fluidez: mayor retraso en el campo y monopolio casi completo de la eficiencia político-estatal en pocas ciudades o directamente en una sola (París para Francia); aparato estatal relativamente poco desarrollado y mayor autonomía de la sociedad civil respecto de la actividad estatal; sistema determinado de las fuerzas militares y del armamento nacional; mayor autonomía de las economías nacionales frente a las relaciones económicas del mercado mundial, etc. En el período posterior al año 1870, con la expansión colonial europea, cambian todos estos elementos: las relaciones organizativas internas e internacionales del estado se transforman en más complejas y sólidas y la fórmula cuarentochesca de la 'revolución permanente' es reelaborada encontrando la ciencia política su superación en la fórmula de la 'hegemonía civil' (...) Las estructuras macizas de las democracias modernas, sean vistas como organizaciones estatales o como complejo de asociaciones en la vida civil, constituyen para el arte político lo que las trincheras y las fortificaciones permanentes del frente en la guerra de posiciones: transforman sólo en 'parcial' el elemento de movimiento que antes era 'toda' la guerra".⁸⁰

Es en el último cuarto del siglo pasado que Gramsci coloca el momento en que comienza una nueva fase del estado y de la política. Ella supone modificaciones en el patrón de acumulación, pero el rasgo que la especifica es la mayor complejidad de las funciones estatales, que se despliegan en una multiplicidad de prácticas "como organizaciones estatales o como complejo de asociaciones en la vida civil", hasta construir una serie de trincheras institucionales que median la relación entre las masas y el estado-gobierno.

El estado comienza a penetrar en la sociedad civil y en el interior de ésta, a su vez, las masas se organizan en grandes partidos y sindicatos.

En la medida en que el estado se transforma en un "estado de masas", el tema de la hegemonía, de la guerra de posiciones, pasa a primer plano porque esa transformación implica la puesta en marcha por las clases dominantes de un nuevo proceso de "revolución pasiva". "La Revolución Francesa —escribe— habría sido una guerra de movimientos y la época liberal del siglo XIX una larga guerra de posiciones."⁸¹

Es a través de esta "revolución pasiva" (proceso de transformaciones "desde lo alto" en el que se recupera una parte de las demandas "de abajo", pero quitándoles toda iniciativa política autónoma) como Gramsci alude a la ampliación del liberalismo operada por el capitalismo, notablemente a finales del siglo XIX. En este sentido, la temática de Gramsci se coloca en el parteaguas político de la *Introducción* de Engels de 1895 y de ahí arranca para desarrollar su pensamiento.

La característica de la revolución cumplida por la burguesía en lo que respecta a "la función del estado" es que tiende a absorber, superando una posición de casta, a las otras clases, "a ampliar su esfera de clase". "La clase burguesa se considera a sí misma como un organismo en continuo movimiento, capaz de absorber toda la sociedad, asimilándola a su nivel cultural y económico: toda la función del estado es transformada; el estado se convierte en educador."⁸²

A través de la recuperación —en clave más hegeliana que marxiana— que hace del concepto de *sociedad civil*, "en el sentido de hegemonía política y cultural de un grupo social sobre la sociedad entera, como contenido ético del estado",⁸³ Gramsci logra superar el concepto "unilateral" de estado para explicar el funcionamiento hegemónico a medida que el capitalismo se desarrolla como una trama organizacional mucho más compleja. En una nota titulada "Organización de las sociedades nacionales", señala: "...en una determinada sociedad nadie está desorganizado y fuera de un partido, en la medida en que se entienda organización y partido en un sentido amplio y no formal. En esa

multiplicidad de sociedades particulares de doble carácter, natural y contractual o voluntario, una o más prevalecen relativa o absolutamente, constituyendo el aparato hegemónico de un grupo social sobre el resto de la población (o sociedad civil), base del estado entendido estrictamente como aparato gubernativo-coercitivo."⁸⁴

El estado, así concebido, no es un *instrumento*: "es todo el complejo de actividades prácticas y teóricas con las cuales la clase dirigente no sólo justifica y mantiene su dominio sino que también logra obtener el consenso activo de los gobernados".⁸⁵ La hegemonía es dirección política y dirección cultural ("además de la unidad de los fines económicos y políticos, la unidad intelectual y moral"); "el estado es concebido como organismo propio de un grupo destinado a crear las condiciones favorables para la máxima expansión del grupo, pero este desarrollo y esta expansión son concebidos y presentados como la fuerza motriz de la expansión universal, de un desarrollo de todas las energías 'nacionales'. El grupo dominante se coordina con los intereses generales de los grupos subordinados, y la vida estatal es concebida como una formación y superación continua de equilibrios inestables (en el ámbito de la ley) entre los intereses del grupo fundamental y los de los grupos subordinados, equilibrios en los cuales los intereses del grupo dominante prevalecen pero hasta cierto punto, no al del mezquino interés economicorporativo".⁸⁶

En este plano analítico Gramsci coloca su interpretación del hecho estatal como un modelo de dominación mucho más complejo del que puede derivarse de las teorías del *estado-instrumento*, en cualesquiera de sus versiones: la de la socialdemocracia o la de la III Internacional.

La distinción analítica que Gramsci establece sobre "lo social", es trinaría: estructura económica, estado (gobierno) y sociedad civil. "El estado —escribe— es el instrumento para adecuar la sociedad civil a la estructura económica."⁸⁷ Hay, entonces, una concepción *doble* del estado (prácticas y organizaciones "públicas" y "privadas" a través de las cuales se ejerce la dominación), que se asocia con un *tertium datum*: la estructura econó-

mica. "Entre la estructura económica y el estado con su legislación y coerción está la sociedad civil."⁸⁸

¿Cómo opera esa relación? En un texto recién conocido tras la publicación completa de los *Quaderni*, Gramsci traza algunas líneas, para la comprensión del estado "según la productividad (función) de las clases sociales".⁸⁹

El tema de la nota es la relación entre el estado francés de la Revolución de 1789 y los otros estados modernos europeos, para poder definir la peculiaridad de estos últimos. Para Gramsci —en contra de la mentalidad que ve un *continuum* entre Francia y Europa— la construcción del estado burgués a través de una mutación revolucionaria con violentos cambios de las relaciones sociales y políticas es, en realidad, la excepción y no la regla. Los estados modernos europeos surgieron por "pequeñas ondas reformistas sucesivas", y no por explosiones revolucionarias. Esas ondas sucesivas estuvieron constituidas "por una combinación de luchas sociales, de intervenciones desde lo alto del tipo monarquía iluminada y de guerras nacionales, con prevalencia de estos dos últimos fenómenos". El período de la Restauración es, en ese aspecto, ejemplar. "La restauración se transforma en la forma política a través de la cual las luchas sociales encuentran cuadros lo bastante elásticos como para permitir a la burguesía llegar al poder sin rupturas clamorosas, sin el aparato terrorista francés. *Las viejas clases feudales son degradadas de dominantes a 'gobernantes' pero no son eliminadas ni se busca liquidarlas como un conjunto orgánico: de clases se transforman en 'castas' con determinadas características culturales y psicológicas pero no más con funciones económicas prevalecientes.*"⁹⁰

En este cuadro —anota Gramsci— se coloca el problema de los intelectuales en relación con el estado y de éste en relación con las clases. "Si bien es cierto que para las clases productivas fundamentales (burguesía capitalista y proletariado moderno) el estado no es concebido sino como forma concreta de un determinado mundo económico, de un determinado sistema de producción, no está dicho que la relación entre medios y fines sea fácilmente determinable y asuma el aspecto de un esquema simple y obvio a una primera evidencia. Es verdad que conquista

del poder y afirmación de un nuevo mundo productivo son inescindibles, que la propaganda por una cosa lo es también por la otra y que en realidad sólo en esta coincidencia reside la unidad de la clase dominante que es conjuntamente económica y política; pero se presenta el problema complejo de las relaciones de fuerzas internas al país dado, de las relaciones de fuerza internacionales, de la posición geopolítica del país dado."⁹¹

Es decir que una determinación general y abstracta que define a las relaciones sociales (entre ellas el estado) en el interior de un modo de producción como articulación necesaria entre cierta base y cierta superestructura debe ser replanteada, para su utilización en análisis concretos, con la presencia de otros elementos mediadores (históricos, ideológicos, organizativos), para hacer que la relación entre estado y clases dominantes, entre medio y fines, "no asuma el aspecto de un esquema simple y obvio a una primera evidencia". Cada forma estatal es un modo particular de nexo entre economía y política; un modo particular de compromiso entre gobernantes y gobernados. El análisis del estado no se agota en la descripción de su funcionamiento como modelo de acumulación sino que requiere también ser pensado como modelo de hegemonía.

El estado, de tal manera, aparece como el espacio en que se organizan las relaciones entre dominantes y dominados y esa función mediadora la cumplen los intelectuales: hay, pues, una correspondencia entre teoría de los intelectuales y teoría de la burocracia. Con el análisis de los intelectuales y la burocracia, el problema de la relación entre estado y clases dominantes se hace más complejo: no basta con una ligazón lineal surgida del modo de producción sino que es necesario ahondar en las formas específicas con que la *mediación* entre economía y política es constituida.

La relación de los intelectuales con los grupos dominantes es compleja, especialmente en aquellas sociedades en las que la dominación burguesa, por la debilidad de sus fuerzas, debió recurrir a un personal gubernamental provisto por las viejas clases, o cuando, por esa misma debilidad, "el portador de las nuevas ideas no es el grupo económico sino la capa intelectual". En

ese caso, agrega en el mismo párrafo, "la concepción del estado (...) cambia de aspecto: es concebido como una cosa en sí, como un absoluto racional. El problema puede ser planteado de este modo: siendo el estado la forma concreta de un mundo productivo y siendo los intelectuales el elemento social del cual se extrae el personal gubernamental, es propio del intelectual no anclado fuertemente en un grupo productivo el presentar al estado como un absoluto: así, es concebida como absoluta y preeminente la función misma de los intelectuales y su existencia y dignidad histórica es relacionada abstractamente."⁹² "Así ocurre que muchos intelectuales piensan que ellos son el estado: creencia que, *dada la masa imponente de la categoría, tiene notables consecuencias y lleva a complicaciones desagradables para el grupo fundamental económico que realmente es el estado.*"⁹³ Cada proceso histórico de conformación de las relaciones entre intelectuales y clases dominantes es particular, y de esa particularidad derivan las características de la dominación política. A partir del caso francés, único en el que ve "un tipo de desarrollo armónico de todas las energías nacionales y especialmente de las categorías intelectuales", Gramsci analiza una serie de casos (Italia, Alemania, Inglaterra, Estados Unidos, China, Japón, América latina), "con la advertencia de que estas observaciones deberán ser controladas y profundizadas", que expresan diferentes modos de desarrollo de la relación intelectuales-clases dominantes, especialmente (pero no sólo) como procesos de construcción de burocracias estatales modernas.⁹⁴

El examen de los casos nacionales tiene el sentido de marcar la complejidad de la relación, la necesidad de tratarla históricamente y no de modo abstracto.

"La relación entre los intelectuales y el mundo de la producción no es inmediata, como sucede con los grupos sociales fundamentales, sino que es 'mediada' en grados diferentes por todo el tejido social, por el complejo de las superestructuras del cual precisamente los intelectuales son los 'funcionarios'." La "organicidad" de los distintos sectores intelectuales, esto es, su conexión más o menos estrecha con las clases dominantes, se podría medir según Gramsci mediante la distinción de dos planos de la

superestructura: el de la hegemonía ejercida a través de organismos "privados" y el del dominio directo que se expresa en el gobierno jurídico.

"Los intelectuales —agrega— son los 'empleados' del grupo dominante para el ejercicio de las funciones subalternas de la hegemonía social y el gobierno político"; funciones "conectivas y organizativas" que estructuran a la vez el consenso y la disciplina para aquellos grupos que no consienten ni activa ni pasivamente.⁹⁵

Pero como "funcionaria" del grupo dominante, la burocracia intelectual tiende a generar comportamientos de casta, a absolutizar al estado y su posición dentro de él, lo que, según lo ya recordado, "lleva a complicaciones desagradables para el grupo fundamental económico que realmente es el estado".

Es interesante ver cómo Gramsci plantea —en un nudo problemático que se vinculará, como se verá más adelante, con su concepción de la "crisis orgánica"— la contradicción entre crecimiento burocrático y forma liberal del estado. En una nota titulada "Sobre la burocracia", escribe: "El hecho de que en el desarrollo histórico de las formas políticas y económicas se haya venido formando el tipo de funcionario 'de carrera', técnicamente adiestrado en el trabajo burocrático (civil y militar) tiene una importancia primordial en la ciencia política y en la historia de las formas estatales". Y agrega: "¿Se trató de una necesidad o de una degeneración con respecto al autogobierno (*selfgovernment*), como pretenden los liberales 'puros'?⁹⁶ En otro texto Gramsci plantea que se trata de una "necesidad",⁹⁷ que crece de "modo inaudito (...) en el sistema social democrático-burocrático".⁹⁸ Éste "ha creado masas enormes, no todas justificadas por las necesidades sociales de la producción sino por la necesidad política del grupo fundamental dominante".⁹⁹

El conflicto entre dirección política representativa (parlamento y partidos) y dirección técnicamente adiestrada (burocracia) caracteriza para Gramsci —en una, al parecer, clara reminiscencia del tema weberiano de *Parlamento y gobierno*...— la crisis política a cierta altura del desarrollo capitalista. En una nota que titula "Hegemonía (sociedad civil) y división de poder",

señala la "importancia esencial de la división de poderes para el liberalismo político y económico: toda la ideología liberal, con su fuerza y su debilidad, puede ser aprehendida en el principio de la división de poderes y así aparece la fuente de la debilidad del liberalismo: la burocracia, esto es, la cristalización del personal dirigente que ejercita el poder coercitivo y que hasta cierto punto se transforma en casta".¹⁰⁰ Y en otra nota amplía la idea: "¿Y qué fundamento tienen las acusaciones lanzadas al parlamentarismo y al régimen de los partidos, que es inseparable del parlamentarismo? (fundamento objetivo, se entiende, esto es, ligado al hecho de que la existencia de los parlamentos, de por sí, obstaculiza y retarda la acción *técnica* del gobierno). Que el régimen representativo pueda políticamente fastidiar a la burocracia de carrera se entiende, pero éste no es el punto. El punto es si el régimen representativo y de partidos en lugar de ser un mecanismo idóneo para escoger funcionarios electivos que integren y equilibren a los burócratas designados impidiéndoles petrificarse se haya convertido en una dificultad, en un mecanismo dado vuelta y por cuáles razones."¹⁰¹

Pero Gramsci detecta en la crisis del liberalismo otro elemento, realimentador del proceso, que se suma a la contradicción entre Parlamento y Burocracia: la activación de las masas, el peso de su presencia organizada en la sociedad. Este nexo entre burocratización, emergencia de masas y crisis del liberalismo aparece así como un nudo unitario significativo para la comprensión del pensamiento gramsciano.

"...Todos reconocen —escribe— que la guerra de 1914-18 representa una fractura histórica en el sentido de que toda una serie de cuestiones que se acumulaban molecularmente antes de 1914 'se amontonaron' entonces modificando la estructura general del proceso precedente: basta pensar en la importancia que adquirió el fenómeno sindical, término general en el que se reúnen distintos problemas y procesos de desarrollo de diferente importancia y significación (parlamentarismo, organización industrial, democracia, liberalismo, etc.), pero que objetivamente refleja el hecho de que una nueva fuerza social se ha constituido, tiene un peso que no se puede pasar por alto."¹⁰² En el mismo cuaderno, pocas

notas atrás, analizando la significación de la crisis política como lucha entre parlamento y burocracia, advierte sobre el nexo existente entre ese fenómeno y la activación de las masas: "Me parece que el único camino para buscar el origen de la decadencia de los regímenes parlamentarios (...) la investigación en la sociedad civil. En ese camino no se puede dejar de estudiar el fenómeno sindical, pero no entendido en su sentido de asociacionismo de todos los grupos sociales para la realización de cualquier fin, sino en el típico por excelencia *de elementos sociales de nueva formación que hasta el momento 'no tenían la palabra' y que, por el solo hecho de unirse, modifican la estructura política de la sociedad*".¹⁰³

Gramsci ubica la primera manifestación de la crisis del estado liberal en el momento de la Primera Guerra Mundial. El rasgo que la define es que "los grupos sociales se separan de los partidos tradicionales", en tanto que "ya no son reconocidos como expresión propia de su clase o de una fracción de ella".¹⁰⁴ La crisis es crisis de representación.

Si la genealogía de la crisis es diversa según cada país, su contenido es siempre el mismo: "ocurre porque la clase dirigente fracasó en alguna gran empresa para la cual demandó o impuso por la fuerza el consenso de las grandes masas (...) o porque vastas masas (...) pasaron de golpe de la pasividad política a una cierta actividad y plantearon reivindicaciones que en su inorgánico conjunto constituyen una revolución. Se habla de 'crisis de autoridad' y esto es precisamente la crisis de hegemonía o *crisis del estado en su conjunto*".¹⁰⁵

La pregunta *política* de Gramsci, elaborada en nítida polémica con la concepción de la III Internacional, es aparentemente simple: ¿Qué es la crisis; a qué situación se puede calificar como de crisis? La respuesta que dará al interrogante será el núcleo de su concepción antieconomicista sobre las relaciones entre política y economía. Si para plantear correctamente el tema de la crisis —error fundamental que advertía en la política de la III Internacional— Gramsci debe desarrollar complementariamente su teoría de la dominación hegemónica, otros conceptos deberán ser también integrados a la cadena de su razonamiento: "re-

volución pasiva", "guerra de posiciones", "trama privada del estado", hasta formar con todos ellos una batería categorial que le permita construir un sistema más complejo de proposiciones para analizar las relaciones entre economía y política, entre base y superestructuras; para poder plantear correctamente lo que es, en fin, "el problema crucial del materialismo histórico".¹⁰⁶

Ante todo, la crisis no es para Gramsci un derivado necesario de los movimientos de la economía: "se puede excluir que las crisis económicas produzcan por sí mismas acontecimientos fundamentales; sólo pueden crear un terreno más favorable a la difusión de ciertas maneras de pensar, de plantear y resolver las cuestiones que hacen a todo el desarrollo ulterior de la vida estatal".¹⁰⁷ Pero la crisis tampoco es puramente política: Gramsci acuña el concepto de "crisis orgánica" para referirse a un proceso largo y complejo en el que es necesario distinguir "lo orgánico" de "lo coyuntural", para fundar a partir de ello las probabilidades de la iniciativa política.

La crisis orgánica es "una crisis del estado en su conjunto"; esto es una crisis de los modos habituales con que se había constituido hasta entonces el compromiso entre dominantes y dominados: implica una situación de *des-agregación* de la vida estatal por parte de grandes masas. La presencia de una crisis orgánica es indicativa de que "la clase burguesa está 'saturada'; no sólo no se expande sino que se disgrega; no sólo no asimila nuevos elementos sino que se desprende una parte de ella misma (o al menos los desprendimientos son enormemente más numerosos que las asimilaciones)".¹⁰⁸ En esas condiciones lo que se ha producido es una "separación de la sociedad civil y la sociedad política: se ha planteado un problema de hegemonía; es decir *la base histórica del estado se ha desplazado*".¹⁰⁹ Por definición, se trata de un proceso largo que no debe ser confundido con sus manifestaciones episódicas ni con sus formas "estruendosas". Tampoco puede encontrar "una definición única o (...) una causa y un origen único: se trata de un proceso social en el que las causas y efectos se complican y superponen". " Toda la posguerra es crisis, con tentativas de evitarla, que a veces tienen éxito en este o en aquel país."¹¹⁰ Por añadidura, y para desalentar a los que piensan en

los efectos políticamente mágicos de la crisis como prólogo de la revolución, "el desarrollo del capitalismo ha sido 'una continua crisis', si se puede decirlo de esta manera; esto es, un rapidísimo movimiento de elementos que se equilibraban e inmunizaban".¹¹¹

El hecho fundamental que otorga carácter de "orgánico" a la crisis es la forma de la relación que ella plantea entre masas y estado. En este sentido la manifestación "desarrollada" de la crisis remite a una vinculación compleja entre economía y política; su análisis (y su captura a favor de la iniciativa política de las clases dominadas) es imposible fuera de una teoría amplia y no unilateral del estado, de una teoría de la hegemonía.

"En el período de la posguerra el aparato hegemónico se agrieta y el ejercicio de la hegemonía se hace permanentemente difícil y aleatorio."¹¹² Pero ese "agrietamiento" puede dar lugar —y de hecho así sucedió— a una recomposición de la dominación, a partir de un nuevo planteo hegemónico: "En realidad, la 'conciencia crítica' estaba reducida a un pequeño sector, hegemónico aunque limitado; el 'aparato de gobierno espiritual' se ha reducido a pedazos y ésta es la crisis, pero ella también es de difusión, lo que llevará a una 'hegemonía' más segura y estable".¹¹³

Esta crisis del "aparato de gobierno espiritual" trae consigo que "las grandes masas que se han separado de las ideologías tradicionales no crean más en lo que creían antes. La crisis consiste justamente en que lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer; en este terreno se verifican los fenómenos morbosos más diversos".¹¹⁴

Lo políticamente decisivo de la construcción gramsciana del concepto de crisis es que ella excluye toda idea catastrofista; por el contrario, su núcleo analítico es la preocupación por determinar la forma de las *contratendencias* que la crisis genera, por estudiar la capacidad de recomposición que el sistema posee y que las crisis estimulan. Analizando específicamente la crisis de posguerra, Gramsci coloca su pregunta central: ¿cómo se ha reconstruido el aparato hegemónico "agrietao"? Las posibilidades para esa reconstrucción están ya contenidas en la respuesta que pueda darse a otra pregunta, absolutamente conexas con la

anterior: ¿cuáles han sido las causas de la disgregación? Al respecto, Gramsci se cuestiona: "¿Tal vez porque se ha desarrollado una fuerte voluntad política antagónica? Si así fuera, el problema se resolvería a favor de tal antagonismo".¹¹⁵ La realidad es que la crisis de hegemonía burguesa en Europa, expresada por el agotamiento del liberalismo parlamentario como eje del equilibrio político, se produjo por lo que califica como "causas mecánicas": "1) porque las grandes masas, antes pasivas, se pusieron en movimiento pero en un movimiento desordenado, sin dirección, o sea sin una voluntad política colectiva; 2) porque las clases medias, que en la guerra habían tenido funciones de mando y responsabilidad, con la paz resultaron privadas de lo anterior, quedando desocupadas justamente después de haber hecho un aprendizaje de mando; 3) porque las fuerzas antagónicas fueron incapaces de organizar en su provecho este desorden real".¹¹⁶

La recomposición de la hegemonía burguesa en la década de los 20 tendrá dos formas. Como justamente señala Franco de Felice, una política ("gobierno de las masas"), y otra ligada con el "gobierno de la economía".¹¹⁷ Ambas operarán una reestructuración de las relaciones entre esas dos instancias; un proceso complejo de "revolución pasiva" que comenzará a desplegarse en los 20 para consolidarse tras el estallido "ruidoso" de la crisis en el otoño de 1929.

La consecuencia principal que Gramsci deriva de esta recomposición para la estrategia revolucionaria es "la transformación de la guerra de maniobras y del ataque frontal en guerra de posiciones en el campo político"; "el más importante —dice— problema de teoría política planteado en el período de posguerra",¹¹⁸ en la medida en que el modelo de la Revolución Rusa resulta ya inviable "al menos en los estados más avanzados, donde la sociedad civil se ha convertido en una estructura muy compleja y resistente a las 'irrupciones' catastróficas del elemento económico inmediato (crisis, depresiones, etc.)".¹¹⁹ Estos razonamientos lo llevan a la segura convicción de que la crisis económica de 1929 no tenía en sí misma el carácter "catastrófico" que le atribuía la III Internacional. En aquellas situaciones en las que la sociedad civil no era "primitiva" y "gelatinosa" sino

"robusta" —y tal era el caso europeo—, la táctica del enfrentamiento frontal "clase contra clase" no sólo era errónea sino también suicida.

Como salida a la primera manifestación moderna de la crisis (guerra del '14, Revolución Rusa) la burguesía europea había reorganizado un "sistema de trincheras" dentro del cual el estado-gobierno era sólo una más: el tejido entre estado y sociedad había sido recompuesto mediante una extensión de "la trama privada del estado".

Desde el punto de vista político esa reestructuración transformista (que como toda expresión de un proceso de "revolución pasiva" no implicaba una simple "restauración") asumió como forma principal de organización del compromiso estatal la del *cesarismo*, "aun sin un César, sin una gran personalidad 'heroica' y representativa".¹²⁰ Para Gramsci podrían ser agrupadas en esa definición genérica experiencias aparentemente tan distintas como las del fascismo italiano (en una progresión de formas, desde 1922 hasta su expresión "más pura y permanente" en 1926) y las de los gobiernos laboristas en Gran Bretaña. Es que "en el mundo moderno, con sus grandes coaliciones de carácter económico-sindical y político de partido, el mecanismo del fenómeno cesarista es muy diferente del que existió en la época de Napoleón III".¹²¹

El resultado de la crisis hegemónica como crisis de representación es un proceso por el cual las formas tradicionales de organizar la relación entre gobernantes y gobernados se desplazan del campo político parlamentario y refuerzan "la posición relativa del poder de la burocracia (civil y militar), de las altas finanzas, de la iglesia y en general de todos los organismos relativamente independientes de las fluctuaciones de la opinión pública".¹²²

En la caracterización de la forma cesarista como prevaiente en el proceso de recomposición política de la hegemonía, Gramsci retorna el tema de la burocracia y de su conflicto con el parlamento: la crisis de representación se expresa en un reforzamiento del poder burocrático. En una nota en la que se remite expresamente al texto de Weber sobre *Parlamento y gobierno...*

para utilizarlo como referente de una similar situación italiana, vincula la crisis de los partidos con el ascenso burocrático, en un proceso progresivo a través del cual "la burocracia se transformaba justamente en el partido estatal bonapartista".¹²³

Las dos grandes respuestas capitalistas a la crisis, el fascismo y el New Deal, testimonian sobre la centralidad burocrática. En el interior de ese marco de reconstrucción neocorporativa del sistema político, que comienza antes de la explosión de la crisis de 1929, ubicará Gramsci las que virtualmente fueron sus últimas reflexiones sistemáticas en la cárcel. Me refiero al cuaderno 22 (1934-1935) sobre "Americanismo y fordismo" que ha sido considerado justamente "una clave de lectura" para la totalidad de sus textos.¹²⁴ El "americanismo", como fenómeno complejo y de largo plazo que cortará verticalmente a todo el tejido social y cultural del mundo moderno, expresará la forma más desarrollada de transición de un modelo burocrático tradicional a un modelo tecnocrático.

En el cuaderno 12 (1932), y dentro de un largo fragmento sobre la historia de los intelectuales como categoría, Gramsci escribe: "Se puede observar en general en la civilización moderna que todas las actividades prácticas se han hecho tan complejas y las ciencias se han entrelazado de tal manera a la vida que cada actividad práctica tiende a crear escuelas para sus propios dirigentes y especialistas y por tanto a formar un grupo de intelectuales especialistas de grado más elevado que enseñe en esas escuelas (...) *La crisis del programa y de la organización escolar o sea de la orientación general para una política de formación de los modernos cuadros intelectuales es, en gran parte, un aspecto y una complicación de la crisis orgánica más compleja y general*".¹²⁵

En vinculación con ese fenómeno, agrega, "también se puede observar cada vez más que los órganos deliberativos tienden a distinguir su actividad en dos aspectos 'orgánicos': la actividad deliberativa que les es esencial y la técnico-cultural por la cual los problemas sobre los que es necesario tomar una resolución son previamente examinados por expertos y analizados científicamente. *Esta actividad ha creado ya todo un cuerpo burocrático con una nueva estructura: junto a los oficios especializados del personal*

competente que prepara el material técnico para los cuerpos deliberantes se crea un segundo cuerpo de funcionarios más o menos 'voluntarios' y desinteresados, seleccionados de la industria, la banca o las finanzas. *Es éste uno de los mecanismos a través de los cuales la burocracia de carrera terminó por controlar a los regímenes democráticos y parlamentarios; ahora el mecanismo se va extendiendo orgánicamente y absorbe en su círculo a los grandes especialistas de la actividad práctica privada que así controla a los regímenes y a la burocracia.*¹¹²⁶

Lo que Gramsci en otra parte de los cuadernos llamará "el sistema social democrático-burocrático", como expresión de este proceso neocorporativo y tecnocrático, adquirirá su forma tendencial de "época histórica" en esa gran "revolución pasiva" del siglo que es el "americanismo".

"El americanismo y el fordismo —escribe— derivan de la necesidad inmanente de llegar a la organización de una economía programada (...) como eslabones de una cadena que signa el pasaje del viejo individualismo económico a una economía programada."¹²⁷ La propuesta, en tanto involucra la estructura de una fase del desarrollo capitalista, no se agota en el colocar las pautas de un proceso de "racionalización productiva" (ése sería tema del "fordismo") sino que va más allá, implicando en sí objetivos de "nueva cultura".

Para Gramsci el análisis del "americanismo" supone una modificación importante de sus puntos de vista sobre la capacidad expansiva del capitalismo, motivada por el análisis del fracaso de la prolongación de la Revolución Rusa hacia Occidente y por la percepción del proceso de recuperación hegemónica burguesa de la década de los 20. En su etapa "consiliar", siguiendo la visión que está en la base del pensamiento de la III Internacional, había acentuado los rasgos parasitarios de un capitalismo al que se consideraba "moribundo", en el que la separación entre propiedad y control de las fábricas condenaba al sistema a un retroceso pues "las funciones tradicionales de la clase capitalista en el ámbito de la producción han pasado a las manos de una clase media irresponsable, sin lazos de interés ni psicológicos con la producción".¹²⁸

El eje del análisis del "americanismo" es, por el contrario, la emergencia de "un nuevo mecanismo de acumulación y distribución del capital financiero basado inmediatamente sobre la producción industrial", en alianza con el estado. "Este desarrollo —señala explícitamente— debe tener su punto de partida en el seno mismo del mundo industrial y productivo o puede provenir del exterior, a través de la construcción cautelosa y sólida de un andamiaje jurídico-formal que guíe desde el exterior los desarrollos necesarios del aparato productivo."¹²⁹

El nuevo modelo reclama una reorganización global de la sociedad que abarca todos sus planos: desde su forma de estratificación (lo que Gramsci llama "racionalización de la composición demográfica") hasta sus valores, en dirección de "hacer girar toda la vida del país sobre la producción". Bajo el "americanismo", "la hegemonía nace de la fábrica y para ejercerse sólo tiene necesidad de una cantidad mínima de intermediarios profesionales de la política y de la ideología". Se produce un proceso de reducción hacia la economía "que significa, precisamente, reducción de las superestructuras más elevadas a aquellas más adherentes a la estructura, o sea la probabilidad y la necesidad de la formación de una nueva cultura".¹³⁰ La forma de este tipo de sociedad será "de masas": "en la cual la estructura domina de una manera más inmediata a las superestructuras y éstas son 'racionalizadas (simplificadas y disminuidas en número)'.¹³¹ Toda su discusión sobre la reorganización de la escuela y la cultura como "aspecto y complicación de la crisis orgánica" tiene que ver con este proceso de racionalidad de las superestructuras frente a las nuevas demandas de la economía.

Como justamente anota Franco de Felice, "la temática clásica producción-revolución es replanteada en los términos de producción-hegemonía".¹³²

La probabilidad para el capitalismo de una *hegemonía que nazca de la fábrica* (propuesta que el Gramsci joven sólo apreciaba como viable a través del socialismo) se asienta no sólo en las potencialidades para construir un mundo social capaz de sueditar todas las actividades económicas a la producción sino, y sobre todo, en que sea posible elaborar una nueva cultura "de

masas" que, a partir del comportamiento cotidiano, pueda adherir los valores, las creencias y las actitudes a la estructura económica. El primer paso en ese camino es el de "la adecuación psicofísica a la nueva estructura industrial" mediante una combinación de fuerza (destrucción del sindicalismo territorial) y de consenso: altos salarios y beneficios sociales. Sólo a partir de allí es factible pensar en ulteriores "florecimientos superestructurales" que planteen "el problema fundamental de la hegemonía".¹³³

Estos elementos de nueva cultura, como reconstrucción de una personalidad colectiva ajustada al mundo de la producción, requieren la introducción de cambios profundos en la vida cotidiana: "los nuevos métodos de trabajo están indisolublemente ligados a un determinado modo de vivir, de pensar y de sentir la vida".¹³⁴ Las "iniciativas puritanas" (en la vida sexual, en la prohibición del alcohol, etc.) tienen ese sentido en los Estados Unidos: modificar hábitos y costumbres para poder desarrollar "el nuevo tipo de hombre exigido por la racionalización de la producción y del trabajo".¹³⁵

Pero no sólo el cambio en las condiciones socioeconómicas y en las costumbres constituye el terreno del "americanismo": el proceso requiere, además, de un nuevo tipo de estado. Dice Gramsci: "El estado es el liberal, no en el sentido de liberalismo aduanero o de la efectiva libertad política sino en el sentido más fundamental de la libre iniciativa y del individualismo económico que llega con medios propios, como sociedad civil, por su mismo desarrollo histórico al régimen de concentración industrial y del monopolio".¹³⁶

Hay una mutación en el carácter del estado. En primer lugar, se privilegian más aún sus roles en la esfera económica: "es investido de una función de primer orden en el sistema capitalista como empresa (*holding* estatal) que concentra el ahorro a disposición de la industria y de la actividad privada y como inversor a mediano y largo plazo".¹³⁷ Una vez asumida esa función, ya no puede el estado desinteresarse de la organización de la economía; debe cumplir otras misiones que no son simplemente de control, para *conservar* el aparato productivo, sino que busca reorganizarlo.

Pero, entrelazado con ese proceso, se produce otro cambio: al modificar su relación con la economía transforma también su relación con las masas, especialmente con las capas medias, que, en la depresión, buscan un *garante* de su expansión en el estado, de manera inversa al compromiso clásico —liberal— que mediaba hasta entonces. "La masa de los ahorristas —escribe— quiere romper toda ligazón directa con el conjunto del sistema capitalista privado, pero no le niega su confianza al estado: desea participar en la actividad económica, pero a través del estado, que le garantiza un interés módico pero seguro."¹³⁸ De este hecho "deriva que teóricamente el estado parece tener su base social en la 'gente del común' y en los intelectuales, mientras que en la realidad su estructura permanece siendo plutocrática", lo que lleva a una "exaltación del estado en general, concebido como algo absoluto".¹³⁹

Esta "revolución pasiva" enormemente abarcadora como propuesta, que recorre desde la estructura social y las costumbres hasta el papel del estado en la producción y su nuevo compromiso con las masas, es la respuesta de largo plazo del capitalismo para una situación de crisis orgánica, algo mucho más profundo y denso que la lógica catastrofista de los "tres períodos" que proponía contemporáneamente la III Internacional como clave para el análisis del capitalismo.

El "americanismo" es para Gramsci la más alta expresión, el intento más serio de *contratendencia* que el desarrollo del capitalismo genera, en los momentos de crisis, para superar la ley (tendencial) a la caída de la tasa de ganancia, mediante la producción de mayor plusvalía relativa. Es una manifestación de la crisis; la de su "superación" en términos del crecimiento de un sistema que siempre se ha desarrollado "en la crisis", en medio "de elementos que se equilibraban e inmunizaban". Ciertamente que el "americanismo" nada cambia "en el carácter y en las relaciones de los grupos sociales fundamentales", pero es la respuesta capitalista de nivel más alto a las contradicciones insanables que nacen de la estructura y que "las clases dominantes tratan de resolver y superar dentro de ciertos límites".¹⁴⁰ Al involucrar un nuevo nexo entre economía y política, entre clases y estado, entre

producción y reproducción, entre base económica y superestructuras, coloca en un nuevo terreno la lucha corporativa y hegemónica de las clases.

El nuevo terreno de confrontación excluye la idea mecanicista de una "crisis final" como subyacía en los análisis de la III Internacional y la otra idea, tecnocrática, de la II Internacional, sobre la posibilidad de modificaciones moleculares a la situación mediante la acción de un estado-gobierno sólo parcialmente controlado. La propuesta analítica gramsciana deja fuera también toda tentación "fatalista" sobre la invulnerabilidad del capitalismo, a partir de su capacidad para reconstruirse: las fuerzas contratendenciales tienen límites naturales y sobre todo sociales: "la contradicción económica —dice— deviene contradicción política y se resuelve políticamente por la subversión de la praxis".¹⁴¹

La solitaria lección del Gramsci prisionero en las cárceles fascistas es, precisamente, la de haber tratado de pensar esa "subversión" desde una confrontación con las nuevas realidades en desarrollo; su forma de analizar el nudo crisis-revolución a principios de la década de los 30 queda como uno de los ejemplos más densos, creativos y de larga duración que el marxismo occidental ha producido.

[1981]

NOTAS

1. Los ensayos fueron publicados en un volumen en Alemania en 1918 bajo el título de *Parlamento y gobierno en una Alemania reconstruida*. Utilizo su traducción al inglés que aparece como Apéndice II de la edición de *Economy and Society* preparada por Guenther Roth y Claus Wittich, University of California Press, 1978, pp. 1.381-1.469.
2. Especialmente "El estado nacional y la política económica alemana", de mayo de 1895. Véase *Scritti politici*, Catania, 1970, pp. 71-110.
3. *Parlamento y gobierno...*, *op. cit.*, p. 1.392.
4. *Ibid.*, p. 1.402.
5. *Ibid.*, p. 1.414.
6. *Ibid.*, p. 1.383.
7. *Ibidem.*
8. *Ibid.*, p. 1.450.
9. *Ibid.*, p. 1.451.
10. *Ibid.*, p. 1.461.
11. *Ibid.*, p. 1.460.
12. *Ibid.*, p. 1.428.
13. Se trata de "La política como vocación" y "El socialismo".
14. *Economía y sociedad*, México, 1977, II tomo, p. 1.058.
15. *Ibid.*, p. 1.059.
16. "La política como vocación", en Max Weber, *El político y el científico*, Madrid, 1967, p. 91.
17. *Economía y sociedad*, *op. cit.*, p. 1.061.
18. *Ibidem*, p. 1061. El subrayado es mío.
19. Karl Polanyi, *La gran transformación*, Buenos Aires, 1947.
20. Cfr. Giacomo Marramao, "Sistema político, razionalizzazione, 'cervello sociale'", en *Discutere lo stato*, VVAA, Bari, 1978.
21. *Economía y sociedad*, *op. cit.*, p. 727.
22. *Ibid.*, p. 729. En la p. 746 señala: "el conocimiento especializado es, en creciente medida, la base del poder alcanzado por los funcionarios". Sobre la relación entre saber y poder, entre conocimiento especializado y forma moderna de la dominación, véase "La ciencia como vocación", en *El político y el científico*, *op. cit.*, pp. 180-231.
23. *Economía y sociedad*, *op. cit.*, p. 730.
24. *Ibid.*, p. 704.
25. *Ibid.*, p. 739.

26. El tema aparece recurrentemente en Weber. La tensión hacia el socialismo es ineliminable, porque nace de la divergencia entre Racionalidad formal (de medios) y Racionalidad material (de fines), pero técnica y democracia son incompatibles. De ahí el carácter finalmente utópico del movimiento "consiliar" que, según Weber, puede ser democrático, pero jamás será eficiente. "Los dominados no pueden prescindir del aparato de dominio burocrático ya existente ni sustituirlo por otro, pues se basa en una metódica síntesis de entrenamiento especializado, división de trabajo y dedicación fija a un conjunto de funciones habituales diestramente ejercidas. Si el mecanismo en cuestión suspende su labor o queda detenido por una fuerza poderosa, la consecuencia de ello es un caos para dar fin al cual difícilmente pueden improvisar los dominados un organismo que lo sustituya." (*Economía y sociedad*, op. cit., p. 741.) Todo socialismo que busque hacer funcionar la economía y el estado no puede sino recurrir a métodos e instituciones burguesas; en ese caso la única diferencia entre nueva y vieja sociedad es, según Weber, que "una vez eliminado el capitalismo privado la burocracia estatal dominará ella sola". (*Economía y sociedad*, op. cit., p. 1.074. Cfr. también "El socialismo", en *Scritti politici*, op. cit., pp. 243-292.)

27. Sobre la República de Weimar y los orígenes del nazismo, véase el libro clásico de Franz Neumann, *Bebemoth*, México, 1945. Una notable reconstrucción de la época se encuentra en Gian Enrico Rusconi, *La crisi di Weimar*, Turín, 1977.

28. Un puntual análisis del pensamiento schmittiano puede encontrarse en el libro de Jürgen Fijalkowski *La trama ideológica del totalitarismo*, Madrid, 1966.

29. La discusión sobre el estado totalitario es especialmente deudora de los desarrollos que, en la década de los 30, hicieron los representantes de la "Escuela de Frankfurt" durante su exilio estadounidense. Para Franz Neumann, a diferencia de una opinión corriente en su tiempo, el nazismo incluía poderosos elementos de continuidad con el desarrollo político de la década anterior, ligados con la monopolización creciente de la economía. La "primacía de la política" con que aparecía revestido el "estado totalitario" no cerraba el sistema a los conflictos dentro de las propias clases dominantes. Sobre el tema, además del ya citado *Bebemoth*, puede verse la comunicación de T. W. Mason, "La primacía de la política: política económica en la Alemania nacional-socialista", presentada a la conferencia sobre el fascismo organizada

por la Universidad de Reading en 1967 (ahora en S. J. Woolf [ed.] *La naturaleza del fascismo*, México, 1974), y el imprescindible texto de Martin Jay, *La imaginación dialéctica. Una historia de la Escuela de Frankfurt*, Madrid, 1974, especialmente su capítulo V.

30. Sheldon S. Wolin, *Política y perspectiva. Continuidad y cambio en el pensamiento occidental*, Buenos Aires, 1973, p. 453.

31. *Diagnosis of our Time*, Londres, 1943, p.1.

32. Charles S. Maier, *Recasting Bourgeois Europe. Stabilization in France, Germany and Italy in the Decade after World War 1*, Princeton University Press, 1975.

33. *Ibid.*, p. 10.

34. *Ibid.*, p. 8. El autor prefiere "corporativo" a "pluralista", porque el término le permite aludir tanto a situaciones fascistas como democráticas.

35. Franz Neumann, "El cambio en la función de la ley en la sociedad moderna", en *El estado democrático y el estado autoritario*, Buenos Aires, 1968, p. 53.

36. Maier, op. cit., p. 10.

37. Wolin, op. cit., p. 378.

38. Véase sobre el tema Manuel García Pelayo, *Las transformaciones del estado contemporáneo*, Madrid, 1977.

39. Pietro Ingrao, *Las masas y el Poder*, Barcelona, 1978, p. 53.

40. Gramsci cita ocasionalmente a Weber en sus cuadernos de la cárcel. Las referencias son a *Economía y sociedad* (filtrada a través de una lectura de Michels), *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* y la traducción italiana de *Parlamento y gobierno ... (Parlamento e governo nel nuovo ordinamento della Germania. Critica politica della burocrazia e della vita dei partiti)*, Laterza, Bari, 1919.) El más citado por Gramsci es este último; el libro, sin embargo, no estaba en su biblioteca de la cárcel, por lo que las citas que hace no son textuales sino apelando a su memoria. Creo que es posible demostrar la gran influencia que ese texto de Weber tuvo sobre las reflexiones políticas de Gramsci, como análisis general de las transformaciones del estado en Europa y como marco de referencia comparativo para el caso italiano. El tratamiento que hace Gramsci de los temas de la burocracia y del cesarismo, por ejemplo, guarda significativas similitudes con el *approach* weberiano a la cuestión. Hasta donde llega mi conocimiento, sólo Luisa Mangoni ("Il problema del fascismo nei 'Quaderni del carcere'", en *Politica e storia in Gramsci*, Roma, 1978, pp. 391-438) ha llamado la atención

sobre este punto. Biagio de Giovanni ha tocado también la relación entre Weber y Gramsci, pero en un sentido más general: véase, entre otros, "Intelletuali e potere", *Critica Marxista*, noviembre-diciembre de 1977, pp. 11-35; "Crisi orgánica e Stato in Gramsci", en *Politica e storia...*, *op. cit.*, pp. 221-257 y "Lenin, Gramsci y la base teórica del pluralismo", en *Dialéctica*, año IV, N° 7, diciembre de 1979, Puebla (México).

41. Sobre el tema sigue siendo un clásico *Estado nacional y ciudadana*, de Reinhardt Bendix, Buenos Aires, 1973, especialmente su capítulo 3, pp. 61-104.

42. Cfr. Liana Longinotti, "Federico Engels y la 'revolución de la mayoría'", en *La revolución de la mayoría*, Barcelona, 1975, que incluye también la introducción de Engels.

43. *Ibid.*, p. 104.

44. *Ibid.*, p. 120.

45. *Ibid.*, p. 112.

46. Roberto Racinaro, *La crisi del marxismo nella revisione difine secolo*, Bari, 1978, p. 7.

47. Lucio Colletti, *Ideología y sociedad*, Barcelona, 1971, p. 94.

48. Eduard Bernstein, *Socialismo evolucionista. Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, Barcelona, 1973, p. 173.

49. Sobre la relación entre Engels, la II Internacional y el proceso lleno de dificultades para la formulación de una política de masas que no perdiera "espíritu revolucionario", véase el clásico libro de Arthur Rosenberg *Democracia y socialismo* (Buenos Aires, 1966). La "revolución de las mayorías" no significaba para Engels el abandono de los objetivos revolucionarios, pero estos últimos eran difíciles de ser aprehendidos por partidos que cada vez más ingresaban en una dialéctica corporativa de acción política. Dice Rosenberg: "La relación entre Engels y la II Internacional se basaba desde un comienzo en un profundo malentendido. La suposición de que el marxismo revolucionario y los partidos obreros modernos tenían las mismas finalidades fue admitida tácitamente. Pero esta suposición no correspondía" (*op. cit.*, p. 253). Una aguda visión de la obra histórica de Rosenberg puede verse en la introducción de Leonardo Paggi a *Origini della Repubblica di Weimar*, Florencia, 1972, pp. V-XXV. Sobre la articulación propuesta por Engels entre insurrección y lucha de masas, véase de W. B. Gallie, *Filósofos de la paz y de la guerra*, México, 1978, cap. IV.

50. Cfr. Giuseppe Zaroni, "Bernstein e Weber: revisionismo. e

democrazia", en *Study Storici*, 2/abril-junio 1978, pp. 255-298; Giacomo Marramao, *Il político e la trasformazione*, Bari, 1979, p. 30.

51. *La teoría marxista de la historia de la comunidad y del estado* (primera edición, Berlín 1920-1921), en Iring Fetscher, *El marxismo, su historia en documentos*, tomo III (Sociología y Política), Madrid, 1976, p. 32.

52. *Ibid.*, p. 33.

53. Eduard Bernstein, *El movimiento obrero* (primera edición, Frankfurt, 1910), en Fetscher, *op. cit.*, p. 29.

54. Karl Kautsky, *La concepción materialista de la historia* (primera edición, Berlín, 1927), en Fetscher, *op. cit.*, p. 27.

55. Eduard Bernstein, *El socialismo antes y ahora* (primera edición, Berlín, 1922), en Fetscher, *op. cit.*, p. 29.

56. George Lichteim, *El marxismo. Un estudio histórico y crítico*, Barcelona, 1964, p. 348.

57. V. I. Lenin, *El estado y la revolución*, en *Obras escogidas*, tomo II, Moscú, s/f, pp. 335 y 377.

58. V. I. Lenin, *¿Se sostendrán los bolcheviques en el poder?* en *op. cit.*, pp. 426-427.

59. *Ibid.*, p. 430.

60. *Ibidem.*

61. Una interesante comparación entre *El estado y la revolución* de Lenin y *Parlamento y gobierno...* de Weber se encuentra en Erik Olin Wright, *Class, Crisis and the State*, Londres, 1978, capítulo 4.

62. Karl Mannheim, *El hombre y la sociedad en la época de crisis* (primera edición, 1929), Buenos Aires, 1969, p. 33.

63. Michal Kalecki, "Aspectos políticos de la ocupación plena", en *Ensayos escogidos sobre la dinámica de la economía capitalista (1933-1970)*, México, 1970, p. 165.

64. Adolf Sturmthal, *La tragedia del movimiento obrero*, México, 1975.

65. De Max Adler existen sólo tres libros al alcance del lector en español: *Democracia política y democracia social* (primera edición, Berlín, 1926), México, 1975; *Consejos obreros y revolución* (primera edición, Viena, 1919), México, 1972, y *El socialismo y los intelectuales* (primera edición, Viena, 1910), México, 1980. Una visión sobre el movimiento (con una antología de textos) puede encontrarse en Giacomo Marramao, *Austrorromarxismo e socialismo di sinistra fra le due guerre*, Milán, 1977. Una interpretación sobre dicha corriente, muy discutible en cuanto la apre-

cia como simple continuadora del *centrismo* kautskiano, en Raimund Loew, "The Politics of Austromarxism", *New Left Review*, Londres, N° 118, noviembre-diciembre 1979.

66. La primera edición de *El capital financiero* es de 1910. A partir de entonces fue considerado como el principal economista marxista de su tiempo.

67. Citado en Wilfried Gottschalch, "Desarrollo y crisis del capitalismo en Rudolf Hilferding", *Historia del marxismo contemporáneo I, La socialdemocracia y la II Internacional*, Barcelona, 1976, p. 318.

68. Franz Neumann, *El estado democrático y el estado autoritario*, *op. cit.*, p. 53.

69. Ch. S. Maier, *op. cit.*, p. 9.

70. A. Sturmtal, *op. cit.*, cap. II, pp. 30-37.

71. *Ibid.*, p. 106.

72. G. E. Rusconi, *La crisis de Weimar*, *op. cit.*, p. 200.

73. *Ibid.*, cap. 14, "Ipotesi socialtecnocratica e politica istituzionale: la diagnosi di Rudolf Hilferding", pp. 337-377 y Giacomo Marramao, "'Tecnica sociale', Stato e transizione tra socialdemocrazia weimariana e austromarxismo", en *Il politica e la trasformazione*, *op. cit.*, pp. 153-162.

74. La discusión entre un ala sindical de la socialdemocracia y la dirección del partido, en la que los primeros abogaban por una activa intervención del estado para paliar los efectos de la crisis, aparece glossada en el capítulo VII del libro de Sturmtal. Para una visión más detallada, véase Rusconi, *op. cit.*, cap. 15.

75. Cfr. Fernando Claudin, *La crisis del movimiento comunista, I, De la Komintern al Kominform*, París, 1970; véase también Nicos Poulantzas, *Fascismo y dictadura*, México, 1972.

76. Milos Hajek, "La táctica de la lucha de 'clase contra clase' en el VI Congreso", en *VI Congreso de la Internacional Comunista* (dos volúmenes), *Cuadernos de Pasado y Presente*, N° 66, México, 1977, pp. 7-83.

77. *Ibid.*, pp. 96-97.

78. Citado en Hajek, p. 30.

79. Arthur Rosenberg, "El fascismo como movimiento de masas", en la recopilación de Wolfgang Abendroth *Fascismo y capitalismo*, Barcelona, 1976.

80. Antonio Gramsci, *Quaderni del carcere*, Edizione critica dell'Istituto Gramsci, Turín, 1975, cuaderno 13, nota 7, p. 1565. Tam-

bién en *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el estado moderno*. México, 1975, pp. 112-113. A partir de ahora citaré las referencias a la edición crítica de los *Cuadernos*, señalando la correspondencia con la edición mexicana de los libros de Gramsci.

81. Q 8, nota 236, p. 1089. No aparece textualmente en ninguna edición de los libros.

82. Q 8 (2), p. 937; *Maq.*, p. 163.

83. Q 6 (24), p. 703; *Pasado y Presente*, p. 203.

84. Q 6 (136), p. 800; *Maq.*, p. 167.

85. Q 15 (10), p. 1.765; *Maq.*, p. 107.

86. Q 13 (17), p. 1.584; *Maq.*, p. 72.

87. Q 10 (15), p. 1.253. No figura en las traducciones al español.

88. *Ibidem*.

89. Q 10 (6-1), pp. 1.358-1.362.

90. *Ibid.*, p. 1.358.

91. *Ibid.*, p. 1.360.

92. *Ibid.*, pp. 1.360-1.361.

93. Q 12 (1), pp. 1.522-1.523; *Los intelectuales y la organización de la cultura*, p. 21.

94. Q 12 (1), pp. 1.524-1.530; *Int.*, 23-28.

95. Q 12 (1), p. 1.518; *Int.*, pp. 17-18.

96. Q 13 (36), p. 1.632; *Maq.*, p. 102.

97. Q 8 (55), p. 974; *PyP*, p. 204.

98. Q 12 (1), p. 1.520; *Int.*, p. 18.

99. *Ibidem*.

100. Q 6 (81), p. 751; *Maq.*, p. 116.

101. Q 14 (49), p. 1708; *Maq.*, pp. 158-159.

102. Q 15 (59), p. 1824; *El Risorgimento*, p. 144.

103. Q 15 (48), p. 1808; *Maq.*, p. 173.

104. Q 13 (23), p. 1602; *Maq.*, p. 76.

105. *Ibid.*, p. 1.603.

106. Q 4 (38), p. 455. La frase no figura en las traducciones al español.

107. Q 13 (17), p. 1587; *Maq.*, p. 74.

108. Q 8 (2), p. 937; *Maq.*, p. 163.

109. Q 7 (28), p. 876; *Maq.*, p. 201.

110. Q 15 (5), p. 1.755.

111. *Ibidem*.

112. Q 13 (37), p. 1638; *Maq.*, p. 136.

113. Q 1 (76), p. 84; *PyP*, p. 253.
114. Q 3 (34), p. 311; *PyP*, p. 52. Cabe señalar que la traducción cambia totalmente el sentido de la frase: en lugar de "las grandes masas", prefiere "las clases dominantes".
115. Q 7 (80), p. 912; *PyP*, p. 104.
116. *Ibidem*.
117. Franco de Felice, "Rivoluzione passiva, fascismo, americanismo in Gramsci", en *Politica e storia in Gramsci, op. cit.*, p. 179.
118. Q 6 (138), p. 801; *PyP*, p. 91.
119. Q 13 (24), p. 1.615; *Maq.*, p. 94.
120. Q 13 (27), p. 1.619; *Maq.*, p. 85.
121. *Ibid.*, p. 1.620; *Maq.*, p. 86.
122. Q 13 (23), p. 1.603; *Maq.*, p. 76.
123. Q 3 (119), p. 388; *PyP*, p. 81.
124. Franco de Felice, "Una chiave di lettura in 'Americanismo e Fordismo'", en *Rinascita*, 27 de octubre de 1972.
125. Q 12 (1), p. 1530-1531; *Int.*, p. 107.
126. *Ibid.*, p. 108.
127. Q 22 (1), p. 2.139; *Maq.*, p. 281.
128. "L'operaio in fabbrica", en *L'Ordine Nuovo*, 21 de febrero de 1920 (ahora en *Scritti politici*, Roma, 1967, p. 356).
129. Q 22 (1), p. 2.140; *Maq.*, p. 282.
130. Q 3 (34), p. 312; *PyP*, p. 53.
131. Q 22 (2), p. 2.146; *Maq.*, p. 287.
132. Franco de Felice, introducción a *Americanismo e fordismo*, Turín, 1978, p. XXX.
133. Q 22 (2), p. 2.146; *Maq.*, p. 288.
134. *Ibid.*, (11), p. 2.164; *Maq.*, p. 301.
135. *Ibid.*, (3), p. 2.150; *Maq.*, p. 297.
136. *Ibid.*, (6), p. 2.157; *Maq.*, p. 293.
137. *Ibid.*, (14), p. 2.176; *Maq.*, p. 313.
138. *Ibidem*.
139. *Ibid.*, p. 2.177; *Maq.*, p. 314.
140. Q 13 (16), p. 1.580.
141. Q 10 (33), p. 1.279; *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, pp. 209-210.

II

LOS USOS DE GRAMSCI *

¿CUÁL GRAMSCI?

Yo no hablo nunca del aspecto negativo de mi vida, en primer lugar porque no quiero ser compadecido: fui un combatiente que no ha tenido suerte en la lucha inmediata y los combatientes no pueden ni deben ser compadecidos cuando han luchado no por obligación sino porque lo han querido conscientemente.

Carta a su madre, 24 de agosto de 1931,
cárcel de Turi

Como para otros en la historia del movimiento socialista, la pregunta resulta también pertinente para él. Sobre su obra, sobre su vida política, sobre sus reflexiones y sus actitudes en los largos años de la cárcel se ha desplegado una multitud de operaciones, tendientes todas a descifrar de sus textos y de su práctica claves capaces de convalidar alternativamente orientaciones políticas opuestas.

Existe, por ejemplo, un Gramsci precursor del "togliatismo", esto es, de la política prudente del comunismo ita-

* Este ensayo se publicó originalmente en *Cuadernos de Pasado y Presente*, N° 54, México, D.F., Siglo XXI, 1977.